



ELLAS NO FUERON CONTADAS

Historias de mujeres
y diversidades por autotas
bonaerenses



Ellas no fueron contadas

Axel Kicillof

Gobernador

Estela Díaz

Ministra de Mujeres y Diversidad

Soraya Polonara

Directora Provincial de Comunicación

Yésica Virginio

Directora de Comunicación y Diseño

Constanza Obregoso, Florencia Zubieta y Ariadna Casal

Correctoras

Jazmín Soria

Editora

Marisol Parra

Diseñadora

Julieta Longo

Ilustración de tapa

Ministerio de Mujeres y Diversidad

<https://www.gba.gov.ar/mujeres>

contacto@ministeriodelasmujeres.gba.gov.ar

[@minmujerespba](#)

(221) - 429 4000

Calle 53 N°510 e/ 5 y 6 - La Plata (1900)

Junio 2024

Ellas no fueron contadas

Historias de mujeres y diversidades por autoras bonaerenses

ÍNDICE

PRÓLOGO 6

Ser bonaerenses y contarlo | Estela Díaz 9

RELATOS

HISTORIAS DE VIDA

La Salaberry 13

Laura Ernestina Rosso | ILUSTRACIÓN: Ivana Calamita

Los sueños se viven despiertas 24

Rosario Estivariz | ILUSTRACIÓN: Luciana Ruiz

Delia Liguri, relato de una búsqueda 33

María Celeste Zunino | ILUSTRACIÓN: Ana Quimey Romero

La Madame que canta victoria 46

Yanela Alves | ILUSTRACIÓN: Rosana Farana

Por más victorias 59

Silvina Melone | ILUSTRACIÓN: Gabriel García

EN PRIMERA PERSONA, EL ESTADO EN TU VIDA

Militancia por la lucha de los Derechos de las Mujeres 70

Mirta Gladys Hofner | ILUSTRACIÓN: María Lucaccini

Vuelve a brillar una vez más... 80

Alejandra Castillo | ILUSTRACIÓN: Hebe Gardes

Tarjeta verde 95

Rocío Ailen Risso Fuentes | ILUSTRACIÓN: Yesica Brito

¿Cinco palabras? 102

Magdalena Maloberti | ILUSTRACIÓN: Melo

Te quiero en mi camino 109

Selena Soto | ILUSTRACIÓN: Sol Soto

FICCIÓN EN CLAVE DE GÉNERO

Cotorras 121

Eliana Marina Bertinotti | ILUSTRACIÓN: Ángeles De Gerónimo

La libertad 130

Roxana D'Auro | ILUSTRACIÓN: Carla Moneta

La vieja venganza 137

Corina Raquel Alanís | ILUSTRACIÓN: Candela Saibene

Las mujeres de la resistencia 150

Natalia Camila Gramajo Graña | ILUSTRACIÓN: Lara Pedetta

La casa 164

Ayelén Ferrelli | ILUSTRACIÓN: Ernestina Sapia

ELLAS NO FUERON CONTADAS

Con la potencia de una escritura febril y álgida, nos encontramos nuevamente en el proceso de contar nuestras historias: las bonaerenses, las diversas, las de madres, abuelas, hijas, hermanas, vecinas, expulsadas y luchadoras.

Los relatos que componen este libro narran nuestra realidad y nuestro entorno. Las y los lectores van a encontrar amor y desamor, violencias y maltratos pero también podrán vivir la amistad, la familia, nuestros paisajes bonaerenses, sus tradiciones y hasta una música que de pronto se hace eco en los oídos. Cada pieza se une en un abrazo colectivo que es encuentro y salvación.

La escritura es el vehículo, el tránsito y el pasaje de las experiencias vividas por las mujeres y diversidades que se animaron, con impulso creador, a contar sus historias; y el concurso “Ellas no fueron contadas” fue solo la excusa para conocerlas.

Recorriendo este libro y nuestra provincia de Buenos Aires, nos encontramos con preguntas y algunas respuestas. En Alberti, una mujer inicia una investigación con una inquietud: ¿qué le pasó a Delia Liguri? ¿Quién era? Antes de tener nombre el crimen

contra una mujer, las que se iban lo hacían en silencio. Cuántas y quiénes son las víctimas que nadie reclama.

Algo pasa, alguien abre una caja en la ciudad de La Plata y una sonrisa se dibuja. Una chica que ama el fútbol descubre que su mamá, de niña, también amaba el potrero y disfrutaba de estar con otras, pateando juntas hacia algún lugar.

De pronto una piba en Olavarría, una travesti en un pueblo, militante LGTBI+, tiene algo que contar en una alegría compartida. Madame Lu trae temores y sueños.

En la primera comisaría de la mujer allá lejos, en Carmen de Patagones, en el sur de la Provincia, una mujer reflexiona y piensa “si el Estado soy yo, ¿qué puedo hacer por las mías?”. Se mueve, busca, encuentra y da un paso fundamental para la construcción de vidas libres de violencias.

Una mujer en Exaltación de la Cruz narra el campo, la maternidad, las violencias. Un círculo que se cierra cada vez más hasta que, del otro lado del teléfono, alguien le dice “no estás sola, vos podés, estamos acá”. Una llamada a la Línea 144 que cambió su vida para siempre. Un viaje a las sierras con otras sobrevivientes, el río, el disfrute, encontrarse con el placer.

En Quilmes, Adela García Salaberry camina por la vereda de la calle Roca, en su querido barrio de Bernal, el lugar que eligió para vivir. Adela forjó un feminismo que comenzó a transitar acompañada de otras y sentó las bases para un reclamo colectivo: que las mujeres puedan ejercer el derecho al voto. La Salaberry viaja en el tiempo para decirnos que se puede, que con organización popular y convicción, ese mundo hecho para hombres, también nos pertenece.

Con cuatro libros y más de mil participantes, seguimos invitando a escribirnos y leernos, a saber más, a conocer qué pasa en los rincones de una provincia de Buenos Aires extensa y diversa,

llena de historias y saberes. Nuestras mujeres y diversidades sí que saben de eso y, ante el dolor, la transformación. Este libro es un movimiento distinto para quienes escriben, leen y hacen del Estado provincial, un gobierno que trabaja por una sociedad más justa, libre e igualitaria.

Ser bonaerenses y contarlo

Estela Díaz

Ministra de Mujeres y Diversidad

Durante mayo de 2020, en pleno aislamiento por la pandemia de covid-19, lanzábamos la primera convocatoria del concurso literario *Ellas no fueron contadas*, en el marco de las acciones por el Bicentenario de la provincia de Buenos Aires. Nacíamos como Ministerio para gestionar políticas públicas con perspectiva de género y desde el inicio nos habíamos propuesto, también, implementar políticas culturales para la igualdad. Por eso convocamos a mujeres y diversidades de toda la Provincia a escribir relatos que recuperaran historias silenciadas de sus vidas y de su comunidad. Aquí estamos, cuatro años después, iniciando el segundo período de gestión, del ahora único Ministerio de Mujeres y Diversidad del país, presentando un nuevo libro que reúne los quince relatos ganadores de la cuarta edición del concurso. Ya no hay covid-19, pero estamos frente a un gobierno nacional de extrema derecha libertaria, que viene cimentando la construcción de un futuro de desigualdad y desesperanza. Ahora, seguir contando es un imperativo y una tarea fundamental.

¿Cómo impacta una política pública? Los datos de gestión nos indican que llevamos realizadas cuatro convocatorias, de las cuales participaron más de 1000 mujeres y diversidades, y que publicamos más de 60 autoras e igual cantidad de artistas plásticas; y con este libro que presentamos, estamos frente al cuarto libro papel, que es por los relatos y las ilustraciones, un bello objeto estético. Son importantes los números, por la amplitud de la convocatoria; pero también sabemos, por los testimonios de sus protagonistas y de las comunidades a las que este concurso llegó, que *Ellas no fueron contadas* animó a esas mujeres y diversidades a encontrar, a través de la escritura, una forma de descubrir lo que antes se ignoraba, de comprender lo inexplicable, de narrar lo inenarrable. También alentó a celebrar conquistas, a conocer pioneras, a recuperar historias de mujeres de carne y hueso de nuestra Provincia. Animó a escribir o presentarse por primera vez en un concurso, y hacerlo con voz propia, con calidad literaria, siendo parte de un contar más colectivo del que muchas veces no se tenía conciencia previa, pero estaba ahí esperando estas voces que faltaban. Y hay allí un valor reparatorio, que reivindica, que alivia, que encuentra.

Los relatos que reúne la cuarta edición de este libro se organizan en tres categorías: *Historias de vida*, *Ficción en clave de género* y *En primera persona, el Estado en tu vida*. Son quince historias narradas por mujeres y LGTBI+ de pueblos y ciudades de toda la Provincia, que cuentan vidas de puertas que se abren para salir de las violencias, de jóvenes marcadas por una generación que se mueve como una marea, de conversaciones reveladoras que se abren dentro de la intimidad de un hogar, de pioneras, de la búsqueda por reconstruir un femicidio ignorado durante años por una comunidad, de las batallas necesarias para vivir la propia identidad sexual, historias de justicia, metáforas de encierro y libertad, de

salidas colectivas. Nombres, apellidos, barrios, pueblos, ciudades, fragmentos. Historias que son espejos bonaerenses de nosotras mismas. Un agradecimiento muy especial a nuestro calificadísimo jurado, compuesto por Julia Rosemberg, Sandra Russo y Claudia Bernazza, así como a todo el equipo de comunicación responsable del concurso.

Ellas no fueron contadas es una política pública, cultural, que nació como un concurso literario y que durante estos cuatro años se expandió en múltiples formatos y producciones: muestras, postales, señaladores, teatralizaciones, trabajo en las aulas, murales, más de treinta pódcast disponibles en Radio Provincia. Hoy más que nunca, ser bonaerenses y contarlo es un camino que seguiremos recorriendo desde la política pública, el Estado presente y la relación intrínseca y profunda con lo que se construye en comunidad. Es una convocatoria para seguir trabajando por la igualdad.

HISTORIAS DE VIDA

La Salaberry

Laura Ernestina Rosso

LAURA ERNESTINA ROSSO

Laura Rosso es Periodista y Licenciada en Artes Combinadas por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Desde el año 2005 trabaja en el diario *Página 12*, donde escribe para el suplemento feminista *Las 12*. Junto a Nadia Fink, compiló *Feminismo para jóvenes* (Chirimbote, 2018). Escribió los libros *Quilmes*, *La Brigada que fue Pozo* (editado por la Universidad Nacional de Quilmes en 2017). *Estamos para nosotras; experiencias de socorrismo feminista en el siglo XXI*, y la novela *Contame cosas* (Chirimbote, 2019 y 2021 respectivamente). Recibió el Premio Lola Mora a la labor periodística en gráfica en diciembre de 2021. Vive en Quilmes con su hija Mora, de 21 años.

IVANA CALAMITA

@ivanacalamitailustradora

Es dibujante. Siempre dibujó. De chica era su juego y su refugio. Hoy, además, es su profesión, su herramienta y su lenguaje. Se dedica a la ilustración y a la docencia terciaria y universitaria, donde enseña también a dibujar. Publicó sus trabajos como ilustradora en distintas editoriales y medios gráficos. Participó del Plan Nacional de Lectura e ilustró para marcas y productos comerciales.

Todo lo hace acompañada de su gato Magritte y de su pequeña hija, Nina.



La Salaberry

Labios finos y pintados como una línea que se dibuja con determinación, nariz con presencia y ojos redondos que, sin ser saltones, expresan extravagancia. Lleva puesta una boina oscura inclinada hacia un costado, que deja ver su pelo corto en el extremo opuesto. Usa un pañuelo de seda al cuello, anudado con precisión, que termina de imprimir ese estilo de mujer de letras de la época, con trajecito sastre y figura esbelta. Adela García Salaberry camina por la vereda de la calle Roca, en su querido barrio de Bernal, partido de Quilmes, en la provincia de Buenos Aires, el lugar que eligió para vivir. Entra en la casa con el número 635, entre las calles Constitución y Almafuerte, en una tarde fría de agosto de 1922. Tiene 33 años. Un periodista del semanario *Crónica*, de Bernal, irá a visitarla para publicar luego el resultado de esa charla, que titulará: «Conversando con la poetisa Adela García Salaberry». Sobre el escritorio, que desborda de manuscritos, hay una tetera y dos tazas de porcelana.

Además de poeta, maestra y periodista, la Salaberry aglutinó entre sus intereses la decisión de forjar un feminismo que comenzó a transitar acompañada de otras, porque conquistar derechos que las mujeres aún no podían ejercer era su deseo. En su interior diagramaba —y quería concretar— la idea de una acción ciudadana todavía desconocida para el género femenino: la posibilidad de votar.

Adela nació el 4 de octubre de 1889. Su padre fue Federico García y su madre Encarnación Salaberry, una mujer dedicada a su hogar, a quien le costó entender la rebeldía y autonomía de su hija. Con 21 años, se recibió de Profesora en Letras, en la Escuela Normal de Profesores de La Plata. Trabajó en dos instituciones de esa ciudad, fue jefa de Biblioteca en el Colegio Nacional Mariano Moreno, de Almagro, profesora de declamación en el Conservatorio Williams, de Bernal, e Inspectora de la Escuela de Madres Lactantes de Avellaneda. Rechazaba la idea de una familia formal y su espíritu independiente la llevó a asociarse al Club Argentino de Mujeres, donde daba charlas y conferencias.

La Salaberry imaginaba la sociedad que quería alcanzar y para eso había que salirse de aquel encorsetamiento social que ella percibía con nitidez. Había que rebelarse a las reglas que impedían la vivencia de una ciudadanía plena para las mujeres. Se sentía interpelada porque la mitad de la población no podía votar y porque todo parecía depender de lo que los hombres quisieran. Por eso, junto a otras, decidió enfrentarse a esas limitaciones. Así, fue protagonista de un hito que sentó precedente. En 1919, se tomó el tren Roca y bajó, como tantas otras veces, en la ciudad de La Plata. Se dirigió al Dis-

trito Militar, se presentó y pidió la libreta de enrolamiento. Lo mismo hizo, pero en la Capital Federal, la médica y luchadora feminista Julieta Lanteri, que vivía en Berazategui. Seguramente, pergeñaron juntas esa acción en algún viaje del tren Roca rumbo a la ciudad de Buenos Aires. Pero el pedido fue denegado. En aquel entonces, la Salaberry era la secretaria general del Comité de La Plata del Partido Feminista Argentino, y ese puntapié representó el acto que prefiguraba la posibilidad de que las mujeres fueran consideradas personas con capacidades iguales a las de los hombres para ejercer el derecho al voto.

Días después de aquel pedido denegado, un artículo del diario *La Razón* imprimió entre sus páginas la noticia: «Adela García Salaberry solicitó su enrolamiento en el Distrito Militar de La Plata. Aunque sin éxito, sentó precedente».

Con sus ojos puestos en lograr ese derecho, fundó la Comisión de Sufragistas, junto a Alicia Moreau de Justo y Elvira Sáenz Hayes. Durante esos años, la Salaberry no dejó de despuntar su vicio por escribir, tanto en gráfica como en prosa y poesía. Trabajó de periodista en los diarios *El Día de La Plata*, *La Razón* y *La Prensa*; en las revistas porteñas *El Hogar*, *Fray Mocho*, *Caras y Caretas*, y en el semanario *Crónica* de Bernal. Fue jefa de redacción de la revista *Nuestra Causa*, órgano de la Unión Feminista Nacional, y fundadora y directora de *Renovación*, semanario que editó hasta abril de 1926. Allí colaboró su amiga y poeta Alfonsina Storni. Entre las cartas manuscritas que se enviaban, hay una fechada el 6 de octubre de 1925, en la que Alfonsina acepta la invitación: «Recibo su muy espiritual carta en que Ud. me pide que yo me incorpore

a la redacción de Renovación; Ud. sabe muy bien cuánto la estimo y es para mí un verdadero placer acompañarla. Desde aquí, pues, le enviaré con toda la frecuencia que mis muchas ocupaciones me permitan artículos para su periódico».

Eran tiempos en los que no todas las mujeres sentían tan hondamente el clamor por ser tratadas de igual manera que los hombres y no como seres inferiores y sin capacidad para decidir, entre otras cosas, quiénes podían gobernarnos. La Salaberry sentía ese fuego interior y sin dudarlo fue una de las que propulsó, junto a la Unión Feminista Nacional que presidía Alicia Moreau de Justo, el voto femenino. Estaban tan convencidas de la importancia de la igualdad entre los géneros que, en la invitación al ensayo de votación, se proclamaba también la siguiente consigna: «A igual trabajo, igual remuneración». En el diario *La Nación*, el 6 de marzo de 1920, la Salaberry publicó: «Mejores viviendas, mejor educación, mejores alimentos, mejores condiciones de trabajo, mejor salario. Afirmemos el principio de “A igual trabajo, igual remuneración” ¡Concurrid al ensayo del voto!».

Se trató de una asamblea convocada por el diario *Tribuna Libre*, donde las mujeres debatieron su emancipación. Cuatro mil mujeres concurrieron a la redacción del diario, en calle Maipú 73, donde plasmaron sus deseos de emancipación, la necesidad de modificar ciertas leyes, explicitaron qué intereses había que defender y cuáles eran los anhelos por cumplir. Pero eran necesarias reformas legales que dejaran atrás términos como «idiotas e incapaces». Los derechos civiles había que ejercerlos y, junto a ese reclamo, obtener también la patria potestad de los hijos y ser iguales a los hombres ante la ley.

Desde todos los escenarios, la Salaberry clamaba justicia. Justicia social y justicia civil. La larga lucha que emprendió con mujeres sufragistas, algunas del Partido Socialista, otras anarquistas, varias radicales e independientes, la plasmó en su segundo libro *El momento*, editado en 1949, donde hay un capítulo dedicado a la historia del voto femenino. Elvira Rawson de Dellepiane, María Teresa de Basaldúa, Adelia Di Carlo, Julieta Lanteri y Alicia Moreau de Justo son nombres que enmarcan con potencia el recorrido feminista al que se sumó la Salaberry.

Pero hubo un final abrupto e injusto para una de ellas. Aún no existía la palabra femicidio, que con tanta rabia pronunciamos tan a menudo hoy en día. Fue el 23 de febrero de 1932 cuando su compañera de luchas, Julieta Lanteri, murió en circunstancias muy sospechosas, atropellada por un auto que se subió a la vereda en marcha atrás, en la esquina de Diagonal Norte y Suipacha, pleno centro de la Capital Federal. Julieta tenía 59 años. El conductor se dio a la fuga. A través de la investigación que realizó otra compañera periodista, Adelia Di Carlo, se supo que el implicado estaba afiliado a la Legión Cívica, único partido durante el gobierno de facto. Adelia fue la única que investigó el hecho y, una vez publicada la investigación, su casa fue saqueada por la policía. La Salaberry se quedaba sin esa compañera de viajes en el tren Roca, con quien no solo tramó estrategias feministas, sino con quien compartió charlas acerca de plantas, pájaros y gallinas que rodeaban sus casas del conurbano bonaerense.

Por socialista, la Salaberry fue incluida en una lista negra y obligada a abandonar su trabajo de inspectora de lactantes del Hospital Fiorito de Avellaneda, donde había ingresado en

abril de 1921 para enseñar a dar de mamar a las madres de aquel tiempo, con consejos sobre higiene y alimentación. Tras ser despedida, casi cien mujeres con sus niñas y niños realizaron una protesta frente a la municipalidad en la avenida Mitre de esa ciudad. «Queremos a la señorita Salaberry, que es la segunda madre de nuestros hijos», se leía en el cartel que sostenía una de las presentes.

En 1934, y durante una estancia en la provincia de San Juan, la Salaberry encontró la manera con la que quería plasmar un sueño que la había tenido activa por meses. *Kuntur* es la palabra quechua que significa ‘cóndor’, un ave de altura, fuerte y poderoso. Ese fue el nombre elegido para fundar un club donde se reunirían almas inquietas y culturales para hablar de arte y belleza. El Kuntur Club llegó a ser una institución en la cual la Salaberry invitó a personalidades destacadas a ser partícipes y dar lugar al desarrollo de bocetos y gérmenes literarios entre amigas y compañeras, como los de la gran Alfonsina.

En sintonía con los cambios sociales que buscaba, en 1945, la Salaberry escribió: «No es cuestión de reemplazar al hombre atribuyéndole a ese concepto alcances desorbitados o ridículos. Es afirmar que en profesiones y oficios en que tenga que actuar sería un oprobio para la mujer no considerarla igual que al hombre».

Finalmente, el 23 de septiembre de 1947, se promulgó la Ley 13.010, de Enrolamiento Femenino, que se puso en práctica en las elecciones del 11 de noviembre de 1951. Los derechos políticos de las mujeres se revitalizaban y aparecía en escena Eva Duarte con convicciones fuertes y un carisma nunca antes visto en una mujer que logró, como ninguna, movilizar

a las masas. Eva, por cadena nacional, promulgó la Ley de Sufragio Femenino en nuestro país. En el primer artículo, la Ley sanciona: «Las mujeres argentinas tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos». De esta manera, no solo se lograba el derecho a participar de los actos electorales, sino que también se reivindicaba la igualdad de género.

La producción literaria de la Salaberry reúne obras en prosa, como *Luz y sombra*, *La gloria del corazón*, de 1924, *El momento* (I y II), de 1930 y 1949, los cuatro tomos de *Vidas, y Por la televisión*, entre otros. Entre sus ediciones en versos, se destacan *Momentos sentimentales*, en 1923, *Bruma hiedra*, de 1927, *Revelación y Consagración*. En francés, su segundo idioma, escribió *Toi et moi*, en 1938, *Rhythme Serein*, en 1946, y *Symbolisme* y *Fleur de Lys*, en 1956.

En 1946, con la llegada de Juan Domingo Perón y Evita al poder, fue inevitable para la Salaberry repensar su filiación socialista. Así definió en su libro *El momento II* el triunfo peronista: «Fue una gran jornada de redención de las clases oprimidas que encarna el respeto a los derechos ciudadanos de la República Argentina».

¿Cómo la Salaberry no iba a admirar a Evita, que luchó y logró para las mujeres el derecho al voto? Aún así, fue expulsada de la Mesa Socialista.

Por su casa de la calle Roca 635 pasaron Florencio Parravicini, los dirigentes socialistas Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Enrique Larreta, Angelita Vélez y su entrañable amiga, Alfonsina. Junto a ella y a Josefina de Mantecón, dos grandes

compañeras de debates, dignificaron el trabajo femenino y la igualdad de derechos.

Su caminar marcó una época, esa que dio comienzo a una larga lucha de reclamos que hoy continuamos. A pesar de que su nombre quedó desdibujado de los lugares hegemónicos de la literatura argentina, su militancia y lucha por los derechos de las mujeres forma parte de una genealogía fundamental para entender dónde estamos hoy, más de un siglo después de su nacimiento.

Adela García Salaberry falleció en su casa de Bernal el 21 de noviembre de 1965, acompañada por su querida e inseparable compañera Anita Loustalet.

Adela decía:

«La vida no es una chanza. Es una azarosa lucha de hondo dolor humano para los que trabajan con humildad y honradez espiritual.

La vida no es una chanza. Hay que vivirla en la templanza del corazón. De frente, sin cobardía y con valor.

Mis obras y mi vida fueron hechas con amor. No me importa haber recogido mucho dolor.

¡Qué importa la adversidad!

Cuando se ha vivido del amor envolvente, de ti viene todo. En ti está todo y hacia ti va todo amor.

La entraña de mis sueños queda en este refugio mío en Bernal, donde maravillosamente he guardado mis obras»¹.

1. El archivo personal de Adela García Salaberry se encuentra conservado y protegido en el Museo Histórico Regional Almirante Guillermo Brown de Bernal, con cartas manuscritas de sus amigas, artículos periodísticos de su pluma, ejemplares de sus libros y fotografías de su vida. Donó su casa de la calle Roca 635 a la municipalidad de Quilmes. Ahí funciona actualmente la Dirección General de Personas Mayores.

Los sueños se viven despiertas

Rosario Estivariz

ROSARIO ESTIVARIZ

Rosario Estivariz nació en La Plata en 1981. Se graduó de Licenciada en Trabajo Social y Licenciada en Comunicación Social, ambas carreras en la UNLP. Su experiencia en diferentes ámbitos de la esfera social le dio las herramientas necesarias para desarrollar su quehacer cotidiano con el compromiso y la responsabilidad que requiere la tarea. Siempre estuvo ligada al deporte y elige compartir la vida con personas que le hacen más lindo el ser y estar. Hace mucho transita este plano junto a Julio, su compañero de vida. Es mamá de Simón y Mora. Su deseo es que puedan vivir en una sociedad más amigable con el medio ambiente y en un mundo en el que quepan todos los mundos.

LUCIANA RUIZ

@LulyDibuja | @PulentaCultural

Ilustradora, feminista y autodidacta. Desde que nació, en 1983, vive en Berazategui, zona sur del conurbano bonaerense.

Desde muy pequeña las artes plásticas la enamoraron, de grande encontró en la ilustración digital un medio de comunicar sus ideas de forma masiva. Además, es creadora y gestora de un espacio cultural independiente en su localidad, nacido ante la necesidad de revalorizar la cultura.



@luydibuja



Los sueños se viven despiertas

Que nada nos limite.

Que nada nos defina.

Que nada nos sujete.

Que la libertad sea nuestra propia sustancia.

SIMONE DE BEAUVOIR

Bettina revuelve una vieja caja llena de fotos. Se detiene en una imagen sin color en la que dos mujeres se disputan una pelota. Ambas sonríen, pícaras, intentando que sus pies lleguen primero a tocarla.

La sorpresa dibuja una mueca en la cara de Bettina Stagnares, esta mujer nacida en 1967 en la ciudad de La Plata. Ahora ella también sonríe. Una de las mujeres es su mamá, la misma que muchas veces le aconsejó que se alejara del fútbol porque esas no son cosas femeninas.

Sostiene la foto en una mano y las imágenes comienzan a pasar veloces por su cabeza. Se ve rodeada de niñas que dan sus primeros pasos en la semiprofesionalización del fútbol femenino argentino, situación inimaginable cuando, en el año 1997, creó, junto a un grupo de pioneras, el fútbol de mujeres en el Club Estudiantes de La Plata.

A su alrededor, cada vez son más las chicas de todas las edades que entrenan y se preparan para jugar este hermoso

deporte. Al igual que miles de varones en todas partes del mundo, sueñan con ser futbolistas, divertirse pateando una pelota y vivir de eso que tanto las apasiona.

Esa situación se repite en todos los barrios, en los potreros en los que las chicas sueltan el cuerpo, tiran caños y rabonas, patean tiros libres y juegan por amor, para cumplir sueños y ser libres, aunque sea por un rato. Además, ahora, a diferencia de hace algunos años, pueden volver a sus casas y ver un partido de fútbol femenino por la tele y tener una camiseta con la firma de alguna de sus ídolas, de aquellas jugadoras que se convierten en sus referentas. Es sabido, no siempre fue así, hasta hace muy poco este juego era sinónimo de masculino, y fue mucho el trabajo y la violencia que Bettina debió enfrentar, pero más los estereotipos que tuvo que romper.

Ya hace mucho que esta aguerrida delantera no se calza los cortos para precalentar, vivir la previa para entrar a la cancha y volar sintiendo el viento en la cara defendiendo los colores que ama. Pero Bettina no duda en afirmar que, hasta que el cuerpo le diga basta, va a seguir trabajando para que el fútbol femenino tenga el mismo reconocimiento que el masculino.

El recorrido no fue fácil. En las imágenes que dan vuelta en su cabeza, aparece haciendo una sentada junto a sus compañeras. En otra ocasión, está en las calles repartiendo panfletos. Su reclamo era, al igual que hoy, por más espacio, más recursos y mayor reconocimiento para el fútbol femenino en el Club y en la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Fue en esa lucha con sus compañeras, y por los logros obtenidos, que se dieron cuenta de todo lo que podrían conseguir si se mantenían juntas.

En una de esas movilizaciones, miró fijo a los ojos a un directivo que quería desterrar el fútbol femenino como disciplina institucional y le dijo: «A mí de acá me sacan con los pies para adelante», porque ni ella ni el resto de las pioneras iban a permitir que unos señores de traje les robaran el sueño de hacer lo que amaban, lo que les daba felicidad y les regalaba, todas las semanas, algo de libertad.

Tuvieron que luchar por todo lo que tienen hoy. Carlos Bilardo y el «Profe» Daniel Córdoba las apoyaron para que pudieran crear la disciplina, pero todo lo demás lo tuvieron que conseguir peleando. Más allá de que les garantizaban un cachito de tierra para jugar los partidos oficiales, tenían que entrenar en el bosque, esquivando eucaliptus y pateando raíces. El fútbol masculino, por supuesto, se llevaba toda la atención. Las categorías infantiles tenían prioridad por sobre el primer equipo de las chicas. El encargado de cuidar las canchas les prendía los regadores, no les permitía usar botines o les decía que eran muy pesados para usar la cancha sin arruinarla. Hasta tuvieron que soportar que les dijeran que valían menos que un alfajor.

El destrato era total. Vale recordar que, en el año 2018, el primer equipo femenino de Estudiantes salió campeón de la Copa de Plata. Como el trofeo nunca llegó, dieron la vuelta olímpica levantando un bidón, lo único que tenían a mano para festejar el título, ¿a quién podría importarle acercarse a celebrar con ellas en ese entonces?

Los hitos que marcaron su vida siguen apareciendo. Es de mañana, el doctor Bilardo la mira y le dice: «Cambiate, que hoy entrenás con los muchachos». Que una mujer practicara

con un equipo de primera de hombres era un hecho revolucionario. ¿Qué otra cosa se podía esperar del doctor? Corría el año 2003. Vuelve a mirar la sonrisa de su mamá jugando al fútbol y recuerda esas palabras que le recomendaban no jugar a la pelota. ¿Habría sido para protegerla?, ¿cuántos otros sueños habrá tenido su mamá sin que ella se entere?, ¿qué sentiría hoy al verla coordinando el fútbol de Estudiantes y convertida en una referente del fútbol femenino a nivel nacional e internacional?

Muchísimos son los logros conseguidos, y no piensa dar un solo paso atrás. Lo único que se permite es avanzar, seguir conquistando derechos, para que las próximas generaciones puedan disfrutar lo que ella no tuvo, y que en cada futbolista mujer exista un sueño posible de ser cumplido.

En el año 2005, otra vez, el doctor Bilardo intervino. La convenció para que se convirtiera en directora técnica del fútbol femenino de Estudiantes. Antes, tuvo que realizar el curso que la habilitaría para ejercer ese cargo. Era tan raro que hubiera mujeres estudiando que su diploma dice «Don» Betina Stagnares. No duda de que sus compañeros deben haber aprendido más que ella: tuvieron que tolerar que una mujer conversara de táctica y estrategia con ellos, a la par.

En 2010 se sumó al cuerpo técnico de Carlos Borello y se convirtió, nada más y nada menos, en la primera mujer ayudante de campo de un seleccionado nacional.

Pero su anhelo de ocupar espacios va más allá de las jugadoras. Sueña con hacer una revolución real en el fútbol argentino, y para lograrlo hay que pensar en que las mujeres, al fin, accedan a puestos de decisión. Que puedan organizarse y seguir avanzando.

Para ser coherente con ella misma, lleva su pensamiento a la acción. En 2019 participó en Santa Fe del Primer Congreso Nacional de Entrenadoras de Argentina, allí le entregaron el Premio a la Trayectoria. Más de 70 directoras técnicas se reunieron para debatir acerca de su situación. En esa oportunidad, pusieron al descubierto la enorme desproporción existente entre las personas habilitadas para desempeñarse dirigiendo un equipo. Hoy, la cantidad de mujeres en ese puesto no llega al uno por ciento. Por eso recalca que es urgente comenzar a revertir esa situación, poder desarticular, por lo menos en el fútbol, esa problemática estructural presente en todos los ámbitos de la sociedad.

Sabe que todavía es mucho el camino por recorrer y los desafíos a los que hacer frente. La profesionalización trae consigo los vicios del vil metal, los intereses espurios que, más de una vez, mancharon la pelota. También, ante eso, se va a parar. Afirma: «El fútbol femenino tiene otra impronta, es mucho más solidario, mucho más humano. Todavía no se ve tanta rivalidad. Tratamos de concebirlo de distinta manera». Agrega: «Es difícil dar batalla a algunas cuestiones, pero todavía nos queda esa esencia del amateurismo y no la queremos perder. Acá las más grandes ayudan con la tarea de la escuela a las más chicas, las escuchan cuando las notan tristes, si se pelearon con sus parejas o tienen un problema en la casa. Se las acompaña y contiene».

Su objetivo es formar personas, además de deportistas. Para eso, realizan un seguimiento de cada jugadora. Le enseñan a jugar al fútbol y, también, le transmiten valores, organizan charlas sobre nutrición, RCP, sobre la importancia

de terminar los estudios, y las acompañan en su crecimiento desde niñas.

Los cambios se suceden rápido, pero sabe que todavía falta mucho para ese objetivo que se propuso cuando inició, para que las nenas puedan vestir los colores que aman y ser libres en una cancha; dedicarse al fútbol y representar a su país pateando una pelota; que tengan sueños grandes, como aquellos que tenía ella cuando era una niña, la peinaron con dos colitas atadas con cintas rojas y blancas y la llevaron a recibir a Estudiantes campeón de la Intercontinental.

Tal vez ese día fue el puntapié inicial de una historia apasionante, de una vida dedicada a superarse. No debe tener noción de la cantidad de nenas que hoy son un poco más felices gracias a su aporte a esta gran revolución que se da en las casas, en las calles y en las canchas. Quién sabe si ese día se dio cuenta de que los sueños se viven estando bien despiertas.

Delia Liguri, relato de una búsqueda

María Celeste Zunino

MARÍA CELESTE ZUNINO

Nació el 8 de noviembre de 1979 en Alberti, entre Chivilcoy y Bragado (que no es Manuel Alberti, en Pilar). Ahí vive y será enterrada.

Estudió Letras en la UBA y volvió. Allí tiene a sus vivos y sus muertos. Trabaja como profesora en escuelas secundarias. Cree que el mundo es cruel y hermoso a la vez.

ANA QUIMEY ROMERO

@ana.quimey.ilustracion

Nació en Tandil en 1997, pero varios años después la ciudad de La Plata se volvió su hogar. Transitó y finalizó sus estudios en la Facultad de Artes de la UNLP, donde se enamoró de la gráfica y la ilustración. Hoy tiene su propio taller de grabado y arte impreso donde enseña el oficio. También es ilustradora freelancer y abraza el dibujo cada vez que puede.



Delia Liguri, relato de una búsqueda

¿A quién le pesa en la conciencia la «Petisa» Liguri? Últimamente pienso en ella y vengo a buscarla al cementerio, caminando sin rumbo entre las lápidas, desestimando la lectura en las que parecen más nuevas, deteniéndome en adivinar las letras borrosas de aquellas que persisten, gastadas y sin flores. El recuerdo de esa mujer aparece y se va, como vienen y se van las sospechas, las certezas y el presentimiento de la muerte. La «Petisa» Liguri ronda en los recuerdos de mi niñez y mi adolescencia como un fantasma, y me sigue, en los pasos de mi adultez, en esta ciudad donde nunca pasa nada. ¿Piensa en Delia Liguri alguien más?

Delia era menuda, chiquita como yo. Tenía la piel muy blanca y, en la cabeza, apenas un poco de pelo rojizo. Siempre pasaba por la vereda de mi casa hablando sola y muchas veces enojada. Era una persona con discapacidad intelectual, su cuerpo pequeñito y el tono de su voz parecían haberla dejado por completo en el territorio de una infancia permanente. Mi madre sentenciaba la clausura de esa vida: «A lo último la usaban,

pobrecita». Como si se hubiese vuelto una cosa, al final, a Delia la usaban, ya salida de la categoría de persona, a Delia algunos hombres la usaban.

Me levanto con Delia en la cabeza. Si quiero saber más, tengo que salir de mi círculo, ampliar la búsqueda y revolver en lo que nadie tiene ganas. Anoche soñé con ella, me desperté varias veces de repente, con alguna idea. Empezar por tal lado, preguntar en el otro, imaginar el momento en que muere. Imaginarla tirada en el monte, sola. Aún en mi fantasía no puedo mirarla, aparece de lejos y velada por una luz que no sé si es de tarde o de madrugada. Me asaltan las preguntas acerca de quién fue. Ahí empiezan los verdaderos miedos, el vértigo del horror. Delia me hace cosquillas en la boca del estómago. Pienso: «¿Qué pasa si la encuentro? ¿Qué digo para buscarla?» Hago una lista mental, como si fuera la de las compras. «Encontrar su tumba. Saber la fecha de su muerte. Saber qué pasó».

En el cementerio encuentro una patrulla que atraviesa la entrada, pido permiso para pasar y me bajo del auto. En el portal hay una familia y tanteo si hay que esperar para entrar a la oficina. Una señora muy amable me invita a pasar. Pregunto en dónde está enterrada Delia Liguri, me siento obligada a aportar más datos. Hace veinte años que con Delia se terminaron los Liguri en Alberti, pero ella la recuerda y se sienta a buscar en la computadora.

—Acá está, Liguri, ¿murió en el 77?

—No, no, en el 77 no puede ser. Yo nací en el 79 y me acuerdo bien de ella.

Se levanta y abre un fichero, saca papeles amarillos y gas-

tados, allí tampoco está. «Los chicos, seguro, saben de memoria el lugar. Ellos saben dónde están todos, pero pará...». Los chicos están ocupados con la familia que estaba en la entrada. Son los que hacen el trabajo práctico: cavar, mover cajones, volver a tapar. La señora baja un libro grande de un armario y lo abre. Las primeras hojas están por la mitad, las segundas se quiebran al tacto. «Liguri, Liguri...». El libro está organizado alfabéticamente. Pasa la *f*, llega la *l*. «Lacasa, Lartigue, Ledo, López...» Mientras ella recorre y recita los apellidos de la página de la izquierda, yo leo en silencio los de la derecha, casi al mismo tiempo.

—¡Liguri! Liguri, Eulalia, 19... —dice, casi contenta.

—No, no, busco a Delia, esa debe ser una tía. —Seguimos buscando.

—Liguri, Carlos...

—Ese debe ser el papá.

—Acá está: Liguri, Delia. 25 de septiembre de 1996.

Una segunda mujer entra a la oficina, la señora le pregunta si se acuerda de Delia. Incómoda, le indica algunas señas y trata de acomodar las palabras para no ser ofensiva. «Una señora chiquita, que era especial». La mujer responde que sí y saca un cartón de otro armario. Con los datos del libro, ahora buscamos su dirección en la ciudad de los muertos: «Sección E, entre la señora de De Andrea y...». Ya no alcanzo a oír, estoy entusiasmada. La mujer me dice «Vamos» y yo solamente la sigo. Son casi las diez de la mañana y hace tanto frío que las cruces, los arbustos y las tumbas se replican en el suelo con el blanco de

la helada. Hay otro cementerio hecho de escarcha, y todos esos dibujos me parecen de una perfección hermosa.

Salgo del cementerio con la fecha de la muerte de Delia Liguri en la cabeza. Mil novecientos noventa y seis. Saboreo el número en mi boca, lo digo en voz alta, lo escribo en mi chat de wasap. Pienso por dónde seguir, ahora hay un hilo de donde tirar. Me acuerdo de que la Biblioteca del Club Juventud Unida tiene una hemeroteca de periódicos albertinos. Si las costumbres no cambiaron, estoy a tiempo de encontrarla abierta. Manejo hasta el Club. De las tantas ventanas que tiene el edificio, solo una persiana está levantada. Bajo el picaporte para abrir la puerta, pero se resiste, entonces salgo a la vereda para ver si, en el vidrio, están pegados los horarios. No llego a leer el cartel porque Silvia, la bibliotecaria, me está haciendo señas de que entre. La puerta de madera está hinchada por la humedad y cuesta abrirla. Me afirmo y cede raspando el piso, como rechina, elijo pasar de costado para no hacer ruido. La biblioteca está en penumbras y completo silencio.

Le pregunto a Silvia si están los periódicos de la época, me acuerdo los nombres: *La Comuna e Informe Especial*. Al principio me dice que no, que los que hay son más viejos, pero, por las dudas, abre el armario. A pesar de la penumbra, en uno de los estantes más bajos veo la tapa de un *Informe Especial*; la foto de Yanina, una amiga, ilustra su destreza deportiva ganando los Torneos Juveniles Bonaerenses. Más arriba, un titular dice que Mariana, otra de mis amigas, ha sido elegida por sus compañeros como reina del baile de egresados. Tomo esas apariciones como un presagio de buena suerte. Dos mujeres, de las más queridas de mi vida, en primer plano con solo abrir el armario.

Le saco una foto a la portada y la cargo con la fe que se les pone a las estampitas.

Se nota mi entusiasmo, le digo a Silvia que estos diarios tienen que ser de los noventa. Los sacamos: 1996. Silvia prende la luz y empieza a buscar entre las pilas que había olvidado. Aparecen los dos periódicos locales, revisamos desde septiembre hasta octubre. En ninguno de los dos se menciona la muerte de Delia, nadie despide sus restos en la sección «Sociales», las noticias policiales solo refieren robos y hurtos menores, hay un gran espacio dedicado a la venta de drogas y sus peligros para la juventud. Mi desilusión se llena con caras que conozco de toda la vida en su versión juvenil. Me doy cuenta de que han pasado veintiséis años.

Hace poco vi una propaganda de un programa de televisión «Los noventa: la década que amamos odiar». Pienso en mí, en qué hacía y cómo era, e inevitablemente aparece María Soledad Morales, violada y asesinada en 1990, de una manera espantosa. Mis amigas se reían porque yo hacía renegar mucho a mi mamá. No le gustaba con quién salía, cuándo, ni cómo volvía, y cada vez que cruzaba la puerta para salir a la noche me decía: «Vas a terminar en una zanja, como María Soledad». Ahora tomo dimensión de esas palabras y de otras, que hoy resuenan en mi cabeza hasta con la voz de los periodistas que siguieron el caso, los hijos del poder, Martha Pelloni, las marchas del silencio. En marzo de 1996, se televisaron las veintiún audiencias del juicio oral por el crimen. En mi casa se siguió minuto a minuto. Las marchas del silencio fueron tan importantes que todo el periodismo nacional llegó a Catamarca. El país entero vio el crimen y el encubrimiento, las irregularida-

des y la corrupción. 1996: las primeras marchas del silencio, semilla del Ni Una Menos. Acá no hubo marchas ni juicios. Delia Liguri no apareció en los diarios locales.

Le mando un mensaje a Eduardo, periodista del canal local. *Canal 5* tiene un noticiero al aire desde hace muchísimo tiempo, una muerte así tendría que haberse difundido. Eduardo me contesta, casi enseguida, que el que estaba de conductor era Dardo Rojo, pero que, de todas maneras, va a buscar en los VHS a ver si hay algo. Dardo es periodista de radio. Lo contacto, se acuerda al instante de Delia y de su muerte y, como si me hubiera estado esperando, suelta una revelación: «Yo le hice una entrevista muy emotiva a Delia, un poco antes de su muerte. No sé si en el canal estará el archivo, pero me acuerdo que fue una entrevista muy linda».

Pasan cuarenta y ocho horas y recibo el mensaje de Eduardo. Encontró el video, tengo que ir al canal con un pendrive para copiarlo. Ajusto mis horarios a mi nueva prioridad y voy para allá. Son las diez y media de la mañana y el noticiero sale al mediodía, no quiero interferir en lo que, imagino, será una previa agitada. Pero entro a la oficina del canal y no veo a nadie. Al igual que en la Biblioteca de Juventud Unida, predomina el silencio y la penumbra, me quedo parada unos segundos y aplaudo para anunciarme. Eduardo me llama desde una oficina contigua. Está sentado detrás de un escritorio, frente a una computadora. Él me pregunta si traje el pendrive y se lo alcanzo, me advierte que voy a ver el crudo de una entrevista. Empieza a buscar entre los íconos de las carpetas hasta llegar a uno que dice «Señora». Doble clic en «Señora» y Delia aparece en primer plano. Es ella.

«Es así como la recordaba» le digo al instante. Una cara muy pequeña, ojos chiquitos y piel blanca, la boca de labios finos, apretados en un gesto nervioso, y un poquito de pelo cobrizo oscuro, que no alcanzo a distinguir si es natural o producto de una tintura. Delia no mira a cámara, mira al periodista, ladeando un poco la cabeza, levantando un poco los hombros, como escondiéndose dentro de ella misma.

Eduardo recorre el video moviendo con el mouse la línea del tiempo. Avanza al azar, para mostrarme lo que hay a grandes rasgos. Mientras tanto, yo no saco la vista de la pantalla. Si el video tiene sonido, no alcanzo a escucharlo. Me quedo prendida solamente a la imagen: después de veintiséis años, o más, vuelvo a ver a Delia.

Eduardo me dice el nombre de un policía que podría saber algo sobre su muerte. Nadie lo dice abiertamente, ni yo tampoco cuando pregunto, pero todos lo recordamos, lo veo en cada cara cuando la nombro. Todos escuchamos que la encontraron tirada a un costado del camino del monte de la estación, que la violaron, la golpearon, la quemaron con cigarrillos y la dejaron tirada, a medio vestir, en la intemperie de la noche.

Durante muchos días me pregunto si quiero saber más sobre Delia. El video la revive. La veo hablando pícara, vulnerable, divertida. No quiero pensarla muerta otra vez. Delia tiene cincuenta y dos años en la filmación. Le hacen la nota en el lugar donde vivía. Dardo, el periodista, hace varios intentos para darle una introducción. Marca las coordenadas, advierte que la situación de Delia es de extrema vulnerabilidad y apela al buen corazón de la comunidad.

Es un día soleado, pero fresco, quizás de primavera u oto-

ño. Delia está abrigada con un pulóver blanco y, arriba, tiene un vestido de tela finita con flores azules, tipo batón. No tiene medias y calza unos mocasines marrones. Dentro de la casa, tiene prendido un brasero. Arriba del fuego, hay una pava y no hay casi ningún mueble sobre el viejo piso de pinotea. La nota se realiza en el patio, entre perros que se enredan en las piernas de Delia, del periodista y del camarógrafo, cuando caminan.

Delia cuenta cómo vivía, con su voz de niña, y quiénes fueron su «papito y mamita». Su relación con Oscar Chapela es un capítulo aparte en la nota. Delia dice que estuvieron juntos mucho tiempo, que él murió y que todavía lo lamenta mucho. Cuando Delia lo llama «mi marido» se toca el corazón, se pone seria, y susurra despacio su muerte, como si nadie pudiera escucharla. Después dice que se quedó sola, que está pasando por graves problemas y que no tiene ni para comer ni para vestirse.

Como si la nota fuera un presagio macabro, no hay ninguna evidencia de que la vida de Delia haya mejorado desde ese punto hasta su final, apenas unos meses después. Los planos reconstruyen el espacio de Delia, recorren el boliche de Chapela o lo que queda de él, jugando con las luces: afuera hay sol y ruido de pájaros, le indican a Delia que hable levantando la frente, que camine para la cámara. Hay gatos, hay perros, ella sonríe y hasta en algún momento parece halagada, pícara, encantada de que le pregunten, de contar, de aparecer. Delia habla con soltura, agradece y elogia a unos vecinos con nombre y apellido: «La señora Juanita Tomasi fue muy gentil, buena y amorosa, de ella no puedo hablar absolutamente nada». También, es peligrosamente incendiaria cuando recuerda a quienes le caían mal en su paso por el asilo de ancianos: «La comida no

tenía ningún sabor», «Las enfermeras un desastre. Eran rebeldes, anticuarias». En ese punto, Dardo, el periodista, suelta una risa. Ella lo mira a los ojos, divertida. Hace un silencio, sonrío en plena complicidad, y cambia de tema.

Hay un video, y haberlo encontrado se carga de sentido. Hasta ese momento, Delia era un recuerdo, y su muerte, un rumor compartido por la comunidad, un secreto a voces. ¿Qué habrá pasado cuando la nota salió al aire? ¿Habrá incomodado? ¿Habrá hecho andar la rueda de la asistencia social? ¿La iglesia habrá intervenido? ¿La gente se habrá conmovido? ¿Habrá tenido la suerte de que le den la pensión?

Delia Liguri pidió ayuda públicamente, apenas unos meses antes de su muerte. Tenía hambre y frío. ¿Cómo puede convertirse en crimen la historia de un rescate?

Le escribo al policía referido por Eduardo; pero nada recuerda sobre la noche en que mataron a Delia. «Te soy sincero, tengo poca memoria. Terrible cómo voy borrando todo», me dice. Intento por otro lado. Una amiga tiene una amiga que tiene un amigo policía y puede averiguar. Pasan dos días, hasta que me reenvían un mensaje de wasap: «La Srta. Liguri falleció el 24/9/96. Apareció fallecida en el monte de la estación, al costado del camino donde hoy están los juegos de la placita de calle Patricios. En la comisaría no hay registros de investigación por el hecho. El médico de la policía PODRÍA haber firmado el certificado de defunción por muerte natural. No se sabe». No me esperaba este giro. El crimen se vuelve un crimen silenciado. Delia se queda fuera de la historia, no importa lo que recuerda el pueblo entero. No hay nada escrito ni registrado sobre su muerte de manera oficial.

Me doy cuenta de que esa noche es la que le da sentido a este recuerdo, a esta búsqueda veintiséis años después. Su muerte me pesa hoy en mi conciencia. Del boliche de Chapela al monte de la estación, los pasos de Delia se me pierden. No sé por dónde buscar ese pedazo de la historia, ese final. Voy allí y miro los eucaliptos, altísimos, quizás únicos testigos de esa noche fatal.

Escucho los sonidos, comparándolos con los de mi sueño. Hay muchas cotorras y ruidos de niños, porque donde ayer hubo una casilla en la que, dicen, Delia se prostituía, hoy hay una plaza con juegos. Después de saber que la policía no investigó la muerte de Delia, me asaltan preguntas y miedos. ¿Otra vez la «maldita policía»? ¿Por qué no investigaron su muerte? ¿Fue solamente negligencia? ¿Fue la impunidad de saber que nadie iba a reclamar por la muerte de una mujer pobre, sumida en la marginalidad? ¿Protegieron a alguien?, ¿en dónde están los asesinos?, ¿cuál de mis vecinos la mató? Al no haber ningún registro oficial sobre esa noche, todo lo que pueda llegar a saber también queda en el terreno de las conjeturas, los recuerdos, el chisme.

Recuerdo lo que recuerda mi pueblo, porque mi memoria es testimonio de su memoria. Vuelvo a mirar cada contraste del video. Pasan los días y quedan los rodeos, las sospechas, el silencio; pero también las evocaciones de quienes me ayudan a recuperar un poco de ese tiempo, de esa Delia. Cada uno trae a la memoria de todos, una parte, y siento que en eso hay, al menos, un poco de justicia.

La Madame que canta victoria

Yanela Alves

YANELA ALVES

Yanela Alves nació en Olavarría en el año 1990. Durante su infancia vivió en la localidad de Sierras Bayas y, en la actualidad, vive con su hijo Mateo de 6 años en Olavarría. Cursó sus estudios universitarios de Licenciada y Profesora en Comunicación Social en la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. Es egresada de la Universidad Nacional del Centro donde es docente de la carrera de Periodismo. Desde el 2008 se dedica a la redacción periodística, la conducción de un noticiero en televisión y lo que considera su gran pasión: la radio. Allí desarrolló todos los roles en diferentes proyectos. Actualmente trabaja en un medio streaming y tiene un programa periodístico matinal. Entre sus pasiones se encuentran la música y los deportes. Es cantante de Senseis Band desde 2022. Está en pareja con Lucas Borzi, percussionista y artesano del bonsai. Entiende la profesión como el vehículo para dar a conocer historias de vida de su ciudad.

ROSANA FARANA

@rosanafarana

Artista indisciplinar y transmedial. Hacedora frondosa de Artes Vitales. Nacida en J. N Fernández en 1980. Vive en Olavarría. Diplomada en Prácticas Artísticas, Afectividades y Performance, UMSA. Especializada en Tecnologías en el Arte Contemporáneo, UBA. Becaria del Fondo Nacional de las Artes “Beca Creación” 2023. Licenciada en Artes Visuales Orientación Grabado y Arte Impreso. UNA.



La Madame que canta Victoria

Victoria Altavista, «Madame Lú», es actriz, militante del colectivo LGTBI+ y tiene el orgullo de decir que es la primera mujer trans en ocupar un lugar privilegiado en un sindicato a nivel provincial y nacional. Actualmente, coordina el espacio de Diversidad Sexual y Disidencias del Sindicato de Trabajadores Municipales de la ciudad de Olavarría. Pero para ser todo esto hubo mucho que atravesar. La historia comienza como la de muchas personas que nacen en el campo y se desarrollan profesionalmente en la ciudad. Pero lo de «Madame Lú», Victoria Altavista, fue un poco más allá.

El pueblo y la transición

Donde va, lo expresa: «Amo mi pueblo, una localidad rural que me cobijó y vio mi transformación en los primeros años de mi vida». Vio cuando se definieron sus gustos, cuan-

do se conformaba su identidad, cuando se acrecentaban sus deseos por ser la actriz reconocida que hoy está logrando ser. Hace algunas semanas presentó la obra *¿Dónde está el gato?*, con un gran elenco, en el Teatro Municipal de Olavarría, a sala repleta, y eso no es casualidad. Le costó asumir que el trabajo que hizo durante tanto tiempo, con tanta pasión, tendría este resultado. Pero lo llamativo es que, ya desde Recalde —una localidad rural, situada a 100 km del área urbana de Olavarría—, cuando trabajaba como portera en un establecimiento educativo, sentía que el escenario sería su zona de confort.

«La vida del campo es dura, son machistas», se dice como una generalidad que pareciera marcada a fuego. Lo cierto es que se sintió de muchas maneras hasta lograr la seguridad que tiene hoy. Los actos escolares de fin de año en la escuela eran la oportunidad de mostrar lo que es desde siempre, sabía que no iba a ser juzgada. Pero algunas pequeñas situaciones fueron apareciendo hasta que logró romper con esas estructuras. En las fechas patrias costaba respetar su identidad percibida. Se le asignaba el rol del «hombre» protagonista. Era el vendedor de velas o el farolero cuando, en realidad, su alma pedía mover la pollera como sus compañeras. Eso a fin de año no pasaba. El fin de ciclo le dejaba revelar sus deseos, pero también aprovechaba para revelarse en su discurso, y expresar lo que empezaba a sentir con más firmeza: que era una mujer.

La discriminación existió, no podemos negarlo. En un baile del pueblo, a los 12 años, finalmente decidió empezar a transicionar a través de la vestimenta, y fue a ese baile de campo en el Club de Recalde con una camisa rosa y un jean *oxford*. Se lo prestó una amiga. Cuando se vio en el espejo,

dijo: «Soy yo». Era LA noche en la que, gracias a que se sentía contenida, pudo mostrarse como quería. No se cambió en su casa, salió de ahí con otra ropa porque aún su familia no quería ver lo que en realidad estaba atravesando.

Estaba muy bien y feliz porque su ropa, por primera vez de modo público, era acorde a su ser, hasta que algunas actitudes machistas, discriminatorias, empezaron a lastimarla. En el baile hubo miradas, risas, dedos que la apuntaban. «¿Estaré haciendo lo correcto?», se preguntaba. Pensó en eso, se interrogó toda la noche poniendo en discusión el mandato social con su propio sentir. La sociedad la estaba poniendo en el lugar de bicho raro, «un hombre disfrazado de mujer», según ella misma expresaba. Sus papás no estaban en ese evento, pero sí su hermano. «Lucas fue vestido de mujer», contó en la casa, pero nadie planteó nada ni le cuestionó lo que había hecho. De todos modos, en el clima de ese hogar se respiraba tensión. Llegaban comentarios al taller mecánico de su papá sobre «lo que hizo Lucas», pero como un buen padre que reflexiona en silencio sin juzgar, nunca le trasladó eso a su hija.

Por esos días la joven había pensado mucho en qué nombre seleccionar para renacer y eligió Victoria. Y esa Victoria meditó muchos días en todo lo que había sucedido. Tomó la decisión de seguir así, cambiándose la ropa a escondidas y ser ella misma donde se pudiera, con quienes fuera posible mostrarse en su real esencia.

Muchas situaciones la hicieron madurar su parte humana y su identidad. Hay que recorrer muchas experiencias y situaciones para sentirse empoderada y salir del clóset. Flor de la V la ayudó, aunque obviamente ella no lo supiera. Es

una referente en el colectivo LGTBI+ y la inspiración de muchas chicas y chicos trans para animarse. Cuando Flor se sacó el maquillaje en *La Pelu*, toda la familia estaba observando. Victoria, con su voz quebrada, lanzó: «Eso es lo que me pasa a mí». Lloró tanto..., y también lo hizo su madre, delante del televisor. Ese fue el momento en que pudo revelar su verdad y sintió que una bolsa caía con el peso acumulado por años. Al fin liberó lo que la atrapaba desde pequeña. Su papá volvió a elegir el silencio y se fue a dormir la siesta, seguramente, llorando. Su mamá estaba esperando que ella tuviese el valor de decirlo, porque como toda madre, ella no necesitaba ninguna declaración, ya lo sabía todo. Su hermano solo la miró, «¿Por qué lo habrá dicho?» debería estar pensando. Pero eso que estaba contenido y que por momentos dolía salió a la luz y desde ese día, blanqueando su realidad, empezó a ser Victoria Altavista, no solo para ella misma, sino para los demás.

El nombre implica la Victoria consigo misma. Y su nombre artístico es «Madame Lú», que dejó atrás a Lucas y se conformó en un torbellino de acciones y deseos que se van cumpliendo con los años.

La conformación del ser mujer

En el año 2018, el Estado municipal de Olavarría empezó a trabajar por los derechos del colectivo LGTBI+ en materia de salud. Se creó el Consultorio Inclusivo, una política de Estado que le permitió avanzar, en el aspecto biológico y hormonal, hacia lo que Victoria anhelaba. Comenzó a tener

contacto con el espacio y sus profesionales después de asumir su identidad en el entorno familiar.

Inició un proceso de hormonización, que consiste en el uso de medicación para modificar el cuerpo en función de la identidad de género autopercebida. Los fármacos actúan inhibiendo o aumentando el nivel de las llamadas «hormonas masculinas y femeninas» en el cuerpo de las personas. De ese modo, las chicas trans se van sintiendo más a gusto con su cuerpo y su identidad. Uno de los beneficios está asociado a la voz, que logra ser más aguda. Eso era algo que a Victoria le daba mucha vergüenza al momento de vincularse. La hormonización fue un paso más para sentirse segura y celebró que en nuestro país se pueda contar con esa posibilidad. Recuerda a amigas trans que se inyectaban hormonas sin aval ni acompañamiento médico, lo cual resultaba sumamente riesgoso. Por fin, la salud comenzaba a ser otro terreno en el que las personas del colectivo LGTBI+ se sentían contenidas, porque se garantizaba, además, un trato igualitario en el acceso a su derecho.

Por otro lado, gracias a la Ley de Identidad de Género, pudo cambiar su nombre, y si bien su ser biológico nació el 7 de mayo de 1988, la realidad apareció el 12 de octubre del año 2018, con la partida de nacimiento a nombre de Victoria Altavista. Desde ese momento, era una mujer en todos los aspectos de su vida. Esa nena que pensaba: «¿Qué va a pasar conmigo?», cuando sentía que ese cuerpo no le pertenecía, empezaba a responderse y a ver que todo lo que siempre había querido estaba sucediendo.

De portera a delegada sindical

Como portera de un establecimiento educativo, vivió diferentes situaciones de discriminación pero, por fortuna, fueron pocas. El cambio de identidad en cuanto a su nombre la fortaleció. Ya nada podía lastimarla tan fácilmente.

El delegado de Recalde, convencido del compromiso en su trabajo, le propuso ser parte de esa dependencia que se encarga de las problemáticas particulares del pueblo, ella debía tener la misma oportunidad que todos. Allí se desempeñó en tareas de limpieza. En ese momento, aún no se hablaba del Cupo Laboral Trans, pero ya se empezaba a pensar en eso.

Años más tarde, tomó la decisión de vivir en la ciudad, y el hecho de estar en Olavarría le abrió otras puertas y surgieron propuestas a las que se animó a lanzarse. Ya venía trabajando más fuerte en lo artístico, con diferentes presentaciones. Y cada vez que lo hacía pensaba que, en eso, que sucedía sobre el escenario, estaba el objetivo de que se reconozca el talento de una mujer trans, pero sentía que podía hacer más. Sus compañeras del colectivo se limitaban a ser espectadoras y ella necesitaba que también sean protagonistas de historias y experiencias que estuviesen soñando.

Su labor en el Sindicato de Trabajadores Municipales comenzó, en principio, como delegada sindical. Luego, pasó a formar parte de la asamblea directiva y hace dos años acercó una propuesta —que redactó junto a dos compañeras—, que fue aceptada por el secretario general del gremio y que tenía que ver con el Cupo Laboral Trans y otra serie de derechos para el colectivo. Logró su cometido. Desde allí, su compro-

miso se acrecentó y la conquista de espacios fue evidente. Siempre pensando en sus compañeres y al lado de la totalidad de empleados y empleadas municipales, pero también de vecinos y vecinas de la ciudad que necesitaban contención. Así pasó a ser la coordinadora del Espacio de Diversidad Sexual y Disidencias del Sindicato de Trabajadores Municipales de Olavarría. Con su presencia, la discriminación ya no es tolerada y el equipo que se conformó es el que logra, todos los días, que eso no se corrompa.

Allí se desempeña de la mano de un grupo de profesionales que la acompañan. Hay médicos, psicólogos, asesores legales, personal de prensa, etc. El trabajo es minucioso y conlleva una gran responsabilidad porque no sólo asiste a integrantes del colectivo LGTBI+, sino que también acompaña situaciones complejas. Es allí donde, en conjunto con el Estado municipal y provincial —a partir de diferentes dependencias que existen en Olavarría—, puede acercar una frazada, alimentos o mejorar las condiciones de habitabilidad de las personas.

Participa en marchas, siempre con la premisa y el deseo de que los derechos del colectivo sean respetados en todos los ámbitos.

Por otro lado, en sus tardes se ocupa de concientizar y difundir las tareas que llevan adelante desde el Sindicato, pero también recorriendo instituciones educativas donde no solo cuenta su historia de vida, sino que también hace énfasis en la Ley de Educación Sexual Integral. Una tarea social ardua.

La conformación de «Madame Lú»

El 2022 fue un año especial para Madame Lú porque se convirtió en Marta en la obra *¿Dónde está el gato?*, que presenta por diferentes ciudades de la Provincia.

Su costado artístico siempre estuvo y se fue perfeccionando con los años. De pequeña, ya todes vislumbraban este futuro. Seguramente haya quienes aún la recuerdan con 5 o 6 años con el grabador encendido en la ventana de su casa de Recalde, bailando para quienes compraban en el comercio frente a su casa y sonriéndoles al recibir sus aplausos. Cuenta que sus peluches fueron su primer público; imaginariamente, ella los hacía admirarla y aplaudir hasta la ovación. En la tele estaban sus referentas del momento: Reina Reech (quería ser como ella) y Xuxa, de quien admiraba su arte. Sabía que un lugar así la estaba esperando. Por eso, los actos de fin de año de la escuela secundaria donde bailaba *Let's get loud* de J.Lo se cambiaron por escenarios enormes y diversos como el del Teatro Municipal de Olavarría. Los eventos privados, a los que comenzaron a invitarla para que haga sus presentaciones, también fueron posicionándola. El personaje de la Madame artista fue el que le permitió sentirse plenamente mujer.

Ya desde su participación en la murga *Los Bohemios de Recalde*, cuando era adolescente, bailaba y se liberaba en cada fiesta popular. Y, como siempre, brillaba. En Olavarría conoció espacios culturales independientes y autogestivos. Se vinculó con muchos artistas, empezó a tratar con gente del mundo de las tablas y llegó a concretar, primeramente, *La Jaula de las Locas*, otro importante éxito en el Teatro Municipal.

Su actual obra *¿Y el gato?* continúa llevándose a diferentes teatros y salas de la ciudad y la región. La función más especial fue la que realizó en su pueblo, Recalde. Vecines del lugar fueron los que vieron los inicios de esa transformación que hoy Victoria disfruta. Su personaje es el de Marta, una mucama que viene, obviamente, de Recalde, y quiere ser artista. Nada es casual.

La radio fue otra gran conquista. Trabaja en un programa matinal, pero que comenzó como vespertino, junto a Melisa Mc Donald, que hizo que, por primera vez en Olavarría, una mujer trans integre un plantel radial, y eso Victoria lo valora mucho.

Le permitió un acercamiento especial con la gente y a nivel artístico, tras poder llegar a los hogares de quienes siguen su trabajo. Actualmente, es columnista en JumPlay, un medio de *streaming*, donde se ocupa de lo humorístico y le da un condimento especial al aire.

Lo que vendrá

El sueño de ser reconocida y respetada por la gente se va cumpliendo. Mira hacia adelante y se imagina rodeada de personas que quieren saludarla después de una función. Anhela que siempre la recuerden por lo que fue y lo que será, pero no solo en lo artístico, sino también en su compromiso con el colectivo. Como a Diana Sacayán, a quien siempre admiró por su lucha.

En lo personal, se ve en familia, con hijos. Siempre ayudando, siempre andando por la vida acompañando a quienes lo necesitan y siendo feliz.

Hoy, Victoria Altavista, «Madame Lú», se apoya sobre la tranquera en la que siempre se posó a observar el atardecer en Recalde, y se dice: «Lo logramos». Le habla al que fue y a la que es hoy. Al ser que nació aquel día de 1988 y al que renació cuando encontró su verdadero yo en 2018.

Está orgullosa del camino, y en él no estuvo sola. La familia, los amigos, el Estado y muchas instituciones diversas le tendieron la mano. Pero fue ella quien, con su convicción y militancia social y artística, logró despegar las alas. Ese vuelo es cada vez más alto. Hay muchos derechos por defender. Hay muchas historias por respaldar. Hay más infancias y niñeces trans que la necesitan, porque en su valentía está la referencia de que la felicidad llega cuando el alma encuentra la libertad.

Por más victorias

Silvina Melone

SILVINA MELONE

Nació en La Plata hace casi medio siglo. Es docente de Educación Especial, trabajó 26 años en escuelas con personas con discapacidad mental y autismo, principalmente en inclusión en nivel inicial, primario, secundario y terciario. Durante ese período fue Delegada Gremial. Forma parte hace 6 años de la Comisión Directiva de un Club Barrial, y articula actividades entre escuelas y la Biblioteca. Además, integra hace 5 años la Comisión Directiva de una agrupación que promueve el uso terapéutico del cannabis. Ha dado talleres de arte en comedores barriales (infancias) y hospital público (salud mental) y talleres de escritura en geriátricos y comedores barriales. Trabaja en los Juegos Bonaerenses, fue jurada del área arte visual en 2020 y 2021, subcoordinadora de artes plásticas en 2022. Participa activamente en Colectiva de Autoras, Poesía para Todxs, Para qué escribimos las mujeres, de la UNLP y Teatro la Identidad Bs As. Acaba de asumir como Secretaria de Cultura del SADOP La Plata.

GABRIEL GARCÍA

@kokos_artg20

Nacido en Benito Juárez en 2005, se dedica al arte desde los seis años, ha hecho trabajos de todo tipo. Estudió dibujo y pintura en el Centro Cultural "El nacional" de esta ciudad, y dio clases de arte a los 15 años en un barrio de la ciudad. Es la primera identidad no binaria de su partido. Sigue dedicando su tiempo a todo tipo de artes.



Por más Victorias

El jurado dio su veredicto; una sola voz habló por los doce miembros:

—¡Culpable!

La sala estalló. Literalmente, nuestros gritos podrían haberle volado el techo a todo el edificio de Tribunales de la calle ocho. Y a los edificios linderos, también. Era la madrugada del 1° de abril de 2023. Cuatro intensos días tomando café, comiendo poco y durmiendo menos. Cuatro días que convirtieron una espera de cuatro años en justicia. Cuatro días en los que el compromiso, el profesionalismo y los ovarios de la fiscal, Victoria Huergo, nos dieron paz.

Historicemos. El cuatro de febrero de 2019, Luis Alberto Villa fingió el suicidio de su pareja, Luján Alva. No podíamos creerlo, no queríamos creerlo. El único alivio era que Valentina, su hijita, no había sido quien la encontró. Su hermana Gladis,

que fue la primera en llegar al domicilio, aseguraba que el tipo había montado una escena desprolija y sucia, con incongruencias que hicieron que peritos acudieran al lugar. El cuerpo de Luján fue, primero, profanado por el femicida, y luego retenido en la morgue. Algo estaba atrasando el sepelio, debía intervenir la policía científica. Transcurrió casi un día.

El velatorio fue como cualquier velatorio: una mierda. Olor a flores, café barato y un frío de témpano, por el aire acondicionado y por la tristeza. Toda una noche viendo cómo sus viejos se rompían una y otra vez; cada pedazo de sus corazones saltaba como astillas del cajón. Tu cajón, amiga. Nunca pensamos decir algo así.

El primero de marzo del mismo año Villa fue detenido, acusado de homicidio calificado por el vínculo. Una pequeña sensación de alivio, cercana a la justicia, nos entibió el pecho. Salimos a la calle en manada, gritando su nombre, con fotos, banderas y pedidos de perpetua. Las que marchábamos desde siempre, y las que nunca habían sabido de eso. Los meses pasaban y nosotras, que del sistema judicial y sus tiempos no sabíamos nada, nos empezamos a inquietar. Lo queríamos preso, preso para siempre, para que nunca más dañe a otra Luján, para que nunca más dañe a ninguna.

Las amigas tratamos de estar siempre cerquita, acompañando, desde donde cada una podía, a Hugo y Norma (sus padres), a Valentina y Gladis.

Llegamos al año 2023. Nos dan fecha para el juicio. Del 28 al 31 de marzo: juicio oral y público. En nuestra ignorancia, pensamos que eso era genial. La gente común, que conformara el jurado, se iba a conmovir con la historia. Pero no, el Mi-

nisterio Público le explica a Gladis que no, todo lo contrario. Si uno de los miembros del jurado llegara a dudar, el cobarde podría quedar absuelto.

Villa había conseguido dos abogados. El honor de Luján lo iba a defender la Fiscalía. ¿En qué manos quedaríamos?

Antes de poner la fecha, los fiscales acomodan sus agendas. La Dra. Huergo explica, por medio de una nota, que en esos días iba a estar abocada a otros juicios. Le pasan el caso a otra fiscal, pero, el veintitrés de marzo a la tarde, mientras ella estaba en otro juicio, por medio de un mensaje de WhatsApp, le avisan a Victoria que el caso igualmente era suyo, que de todas formas le había tocado. El día veintiocho de ese mes arrancaba el juicio contra Luis Villa. Huergo estaba destinada a ayudar a Luján, a mostrar la verdad.

No había tiempo real. El viernes veinticuatro era feriado. Luego, venía el fin de semana, apenas el lunes tenía para meterse de lleno en un caso tan difícil. Una misión que parecía imposible. Victoria preparó el juicio de una manera intensiva. Tal como ella es. A pesar del feriado, y del fin de semana, consiguió el acompañamiento de profesionales con su misma vocación. Se armó un gran equipo de trabajo. Pasaron muchas horas mirando las fotos de la pericia, las ampliaron al tamaño de una pared y se sumergieron en la escena, la terrible escena de la muerte de Luján.

Nada de lo que vieron en las fotos era compatible con la versión de Villa. El surco en el cuello no era de ahorcamiento por suspensión, sino de un estrangulamiento ejercido por un tercero, desde atrás. El lugar por el que el asesino decía haberla pasado de una habitación a otra para hacerle RCP estaba sucio

y lleno de cosas, tampoco mostraba el arrastre de un cuerpo. La sogá que colgaba de la viga, en la que supuestamente Luján se había ahorcado, tenía un lazo pequeño. Los peritos le explicaron a Huergo que, en los casos de ahorcamiento, la sogá se corta. Los nudos nunca se pueden desatar y, si por alguna razón, se hubiera podido, el lazo habría quedado grande y abierto. No como el de las fotos, que era chiquito y ajustado.

Por más que la fiscalá pidió por todos los medios tener acceso a la prueba durante el fin de semana, no pudo lograrlo. Suplieron este inconveniente comprando varios metros de sogá y probando diferentes posibilidades: varias clases de nudos, arrojar la sogá por sobre un cañito de cortina que hacía las veces de viga, ajustar la sogá en sus propios cuellos, ponerse en el lugar de víctima y victimario hasta dar por tierra la teoría de la defensa. Los detalles que vieron en esas fotos, y el haberle puesto el cuerpo a la reconstrucción del hecho, llevaron a la fiscalá a armarse de una seguridad que pudo transmitirnos a la familia y amistades de Luján. Huergo sabía que había sido un femicidio, y lo iba a probar.

Entrar a la sala fue durísimo, porque la defensa había instalado una gran horca de madera que acompañaría todo el juicio, pero nunca pensaron que la grandeza de esta abogada platense iba a darles vuelta la jugada.

Pasaron testigos y peritos. Hubo careos. Mirábamos las caras del jurado, les rogábamos en silencio que entendieran nuestro dolor. La defensa no paraba de inventar cosas horribles sobre nuestra amiga, pero las preguntas de Huergo eran acertadas y filosas. Finalizando el segundo día, nos informan que el jueves sería el turno de las pericias. Victoria aconseja

que la familia no participe, por la crueldad de las imágenes y las cosas que se iban a decir. Nos postulamos tres de nosotras para estar presentes y para ser los ojos de Hugo, Norma y Gladis. La Fiscalía nos anticipa el material. Sin entrar en detalles, simplemente diré que vimos esas fotos cientos de veces para tratar de anestesiar el dolor y no llorar delante del jurado. No resultó.

Pantalla gigante. Detalles escabrosos. Nosotras llorábamos despacito, algunos también. Manteníamos permanente comunicación con quienes estaban afuera, con los medios y con las agrupaciones feministas que se acercaban a apoyar.

Los abogados de Villa decidieron hacer la supuesta reconstrucción del suicidio y utilizar la horca. Como todos sus argumentos habían ido cayendo a medida que pasaban las horas, cambiaron la versión de una Luján parada a una Luján sentada en una silla plástica. Uno de ellos simuló ahorcarse y sentirse muy impresionado, por lo que, inmediatamente, se paró y se quitó la soga, tratando de mostrar que eso había hecho Luis al tratar de salvar a su mujer.

Y ya acabando ese día, el tercero —como en el relato bíblico— se hace la magia: Huergo toma la soga, se la pone al cuello y demuestra que puede sentarse, pararse y volverse a sentar las veces que sea necesario y explica, a viva voz, la imposibilidad del hecho que acaba de relatar la defensa.

Al quedar expuestos, los abogados y su perito retoman el tema de que Villa desató el nudo para soltar a la víctima y poder salvarla. Allí es cuando la fiscal redobla la apuesta y se saca la soga, mostrando que si él hubiera desajustado el nudo para pasar la cabeza de Luján por dentro, el lazo habría quedado agrandado. En cambio, la soga peritada tenía un lazo chiquito,

como si por dentro pudiera pasar solo una mano, no una cabeza. Esa sogá no sostuvo jamás un cuerpo colgando.

Salimos aliviadas, nos abrazamos en la puerta. Cerca de cincuenta personas estuvimos mucho más tranquilas esa noche, gracias a esa abogada platense que todos los medios del país mostraron en sus pantallas. Se replicaron cientos de notas sobre la fiscal que simuló ahorcarse, pero sabemos que la mayoría del periodismo no actúa en clave de género. Dijeron que era una exagerada, que había querido manipular al jurado, que ella había llevado la horca, que esas imágenes podían dañar la sensibilidad del público. Nosotras, que estuvimos ahí y vimos con nuestros propios ojos cómo ella le puso el cuerpo a la situación, sabemos que, en esos momentos, Luján estaba a su lado, mostrándole la verdad y agradeciéndole su valentía.

El viernes fue el peor día. Escuchar al asesino de nuestra amiga declarar nos revolvió el estómago.

Habló, mejor dicho, divagó, durante más de tres horas, y realmente paró cuando sus propios defensores le hicieron notar que era contraproducente todo lo que estaba omitiendo, porque en ese relato eterno sobre Luján, sobre cómo la encontró, la supuesta desesperación que le dio verla así y cómo trató de salvarla habló apenas dos minutos. Dos minutos reloj sobre Lu, tres horas y media sobre sí mismo. La fiscal, con toda su intuición e inteligencia, tomó la decisión de no preguntarle nada, y ese silencio fue contundente. Lo dejó expuesto en su discurso narcisista, no le dio la posibilidad de revictimizarse ni de sembrar dudas en el jurado.

Luego vinieron los alegatos. Ellos dijeron mentiras, difamaron a Luján y veneraron al hombre que representaban. Ella,

en cambio, apoyó su hipótesis en cada prueba, en cada pequeño detalle de las fotos de la pericia, en cada rastro, en los testimonios de peritos y testigos, en lo que le habíamos contado de nuestra querida Lu y de lo que ella misma había sentido durante todo el juicio. Estaba convencida del femicidio. Con la certeza de la prisión perpetua, con los huesos cansados, pero el alma más cerquita de la tranquilidad, la esperamos en las escalinatas. Cuando Huergo salió, la ovacionamos, la aplaudimos durante largos minutos y Valentina le dio un gran abrazo de agradecimiento. Ahora sí, estaba más que segura, no quedaba ninguna duda: su mamá no la había abandonado.

Una mujer se pone una sogá al cuello.

Una mujer se pone una sogá al cuello para demostrar que otra mujer no lo hizo.

Una mujer se pone una sogá al cuello y habla, y resuena su voz y la verdad.

Una mujer se pone una sogá al cuello sin importarle riesgos, colegas, noticieros.

Una mujer se pone una sogá al cuello y, en lugar de muerte, nos devuelve vida.

Una mujer se pone una sogá al cuello, y un montón de mujeres respiramos paz.

Se llama María Victoria Huergo. Nació en la ciudad de La Plata, hace cincuenta y dos años. Es abogada y ejerce en el Ministerio Público Fiscal. Es una gran mujer bonaerense, contemporánea, sorora. Es una heroína sin capa. Necesitamos más profesionales con su compromiso. Ella nos hizo creer que es posible una justicia con perspectiva de género. Ojalá su ejemplo de compromiso se replique y tengamos muchas más Victorias.

**EN PRIMERA
PERSONA,
EL ESTADO
EN TU VIDA**

Militancia por la lucha de los Derechos de las Mujeres

Mirta Gladys Hofner

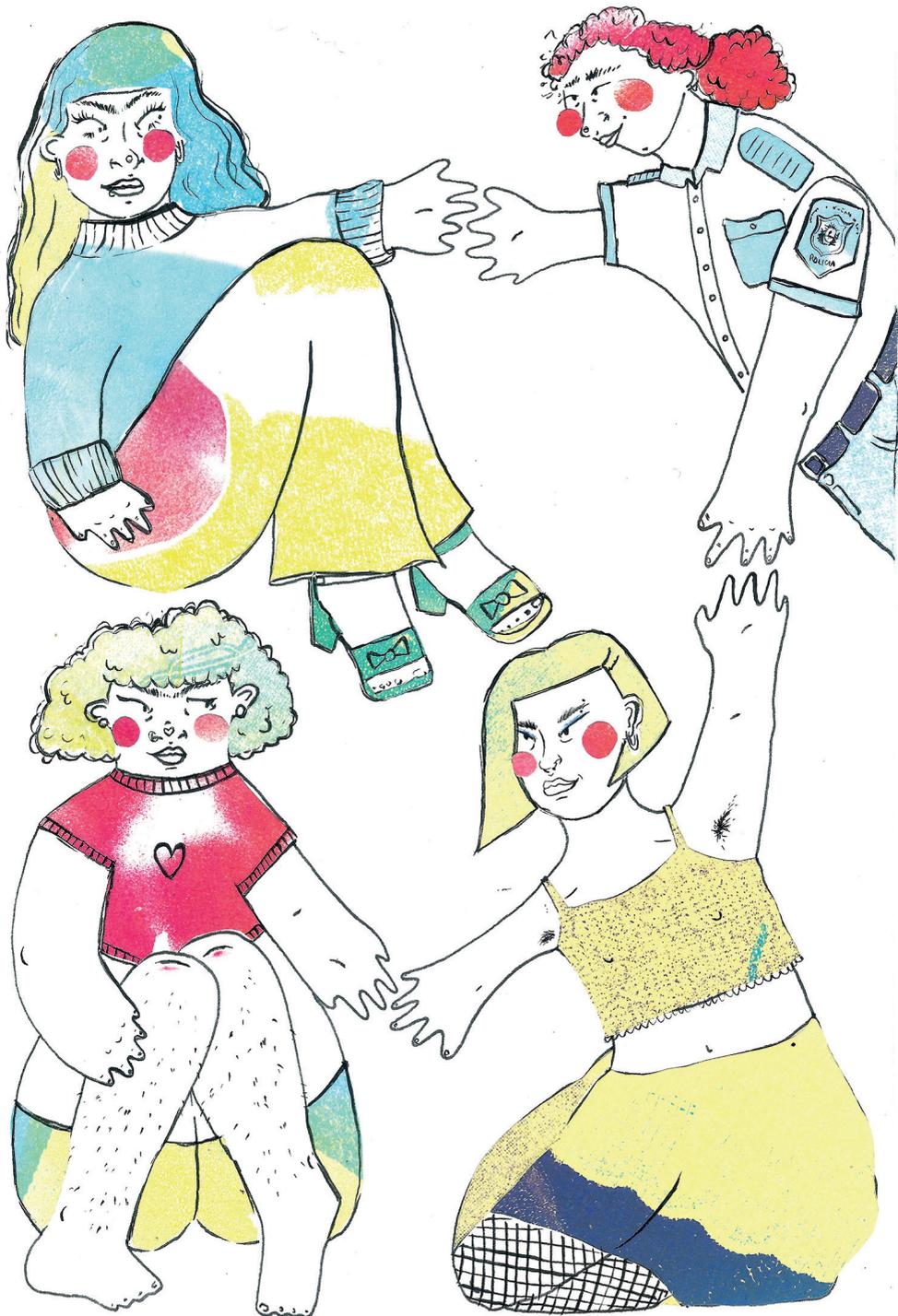
MIRTA GLADYS HOFNER

Mirta nació en la localidad de Pedro Luro, a los 16 años se trasladó a Bahía Blanca para trabajar como empleada doméstica. Años más tarde ingresó al Cuerpo de Caballería de esa ciudad. Por cambios dentro de la fuerza terminó desempeñando funciones en la agrupación comando, lo que la llevó a tener contacto con las problemáticas de la población. Allí sintió, descubrió, una gran convicción en trabajar acompañando y recepcionando las denuncias a mujeres víctimas de violencia de género. En esos años la sociedad se mostraba más reticente a esta cuestión, razón por la cual debió enfrentar los prejuicios de compañeros de trabajo y enfocar su labor en visibilizar la necesidad de tener espacios acordes para la atención de las víctimas. Esto llevó a que, muchos años después, en los distintos partidos donde trabajó, se crearan las Comisarías de la Mujer. Mirta está jubilada pero sigue militando por los Derechos de las Mujeres.

MARÍA LUCACCINI

@mar.hichan

María Lucaccini nació en diciembre de 1999. Es escenógrafa, ilustradora y ceramista de la ciudad de La Plata. Últimamente realiza diseño de vestuarios, estilismo, piezas cerámicas únicas e ilustraciones figurativas de carácter lineal y gráfico. Se está por recibir de profesora y licenciada en la Facultad de Artes de la UNLP. Su interés por la línea se remite a cuando era muy pequeña. Hoy intenta reivindicar su producción como parte de un juego en el que divertirse de forma natural es fundamental. A veces influenciada por lo lúdico, la ilusión y la ternura; otras, retoma el arte erótico. Ambos polos de su obra se encuentran en <https://marialucaccini.wixsite.com/portfolio>



Militancia por la lucha de los Derechos de las Mujeres

Quién soy

Soy Mirta, tengo 56 años. Nací en la localidad de Pedro Luro, partido de Villarino, provincia de Buenos Aires. Soy jubilada de la policía de esta Provincia, tengo dos hijos, Magalí y Luciano, y soy madre soltera. Desde el año 2008 estoy radicada en la ciudad de Carmen de Patagones.

Para hacer un repaso histórico, ingresé en la policía de la provincia de Buenos Aires en el año 1987, en el cuerpo de caballería de Bahía Blanca. En 1994 volví a mi pueblo natal, Pedro Luro, donde mi función era trabajar en la oficina de expedientes. Fui la primera mujer policía en llegar a ese pueblo. En mi primera mirada visibilicé la cantidad de mujeres golpeadas y abusadas que llegaban en búsqueda de algún tipo de contención, a las que no les recepcionaban las denuncias. A veces ni siquiera las atendían, por distintos prejuicios de la época.

Ante esta situación, en mi condición de mujer, y al verlas despojadas de su dignidad y su libertad, comencé a inda-

gar entre mis camaradas por qué no tomaban las denuncias. Se me reían en la cara diciendo lo de siempre: «Algo habrán hecho». Eso me generó mucha angustia y tomé la decisión de capacitarme en la ciudad de Bahía Blanca.

Mis primeros pasos de formación y lucha

En el año 1994, participé de las capacitaciones que ofrecía la señora Hilda «Chiche» Duhalde con el movimiento de mujeres Manzaneras. En esos años, no se hablaba de violencia de género por considerarse un problema del ámbito privado de las familias; aun así, siempre sentí la necesidad de seguir en esta lucha.

Recuerdo que, en uno de estos espacios, una profesional nos dijo: «Ustedes pueden cambiar la historia desde su lugar de trabajo. Pueden hacerlo; mientras ustedes no lo hagan muchas mujeres seguirán oprimidas y violentadas. De ustedes depende, ustedes tienen el poder de hacerlo».

Eso fue algo que me impactó. Pensé: «¡Yo puedo hacerlo! Puedo cambiar la vida de muchas familias».

Y así comenzó mi trabajo. Lo que solo era un pensamiento, lo transformé en acción rompiendo barreras dentro de la estructura machista y patriarcal de los hombres policías. No tenía muchos años dentro de la institución, pero sí tenía valentía y compromiso. No fue fácil, entre peleas y diálogos, pero con la idea firme de lo que me había propuesto. Comencé tomando las denuncias y luego haciendo un seguimiento a las víctimas. En esos años no existía una fiscalía, solo tribunales

en la ciudad más cercana que es Bahía Blanca, a 130 kilómetros. Otra de las instituciones con la que contaba era el Juzgado de Paz de Médanos, Villarino; con ellos articulaba mi trabajo para obtener respuestas favorables y rápidas para las mujeres.

En cuanto a los insumos de trabajo, contaba con una máquina de escribir, ya que la computadora era utilizada por alguien de mayor jerarquía. Mi jerarquía era sargenta y no tenía ningún privilegio dentro de la comisaría, menos para trabajar en los casos de violencia familiar.

Trabajar en conjunto con la sociedad

Una institución de gran apoyo y contención fue el Hospital de Pedro Luro. Para lograr eso, me entrevisté con el director del nosocomio, quien accedió a recibir a las víctimas, realizar los informes médicos y oficiar de albergue para las mujeres, niños y niñas que quedaban en situación de calle por la violencia.

A través de mi lucha, concentrada siempre en proteger y asesorar sobre sus derechos a las víctimas, los oficiales sintieron la necesidad de involucrarse. Ellos sabían que mi trabajo era en serio y que no iba a claudicar con mi lucha. Es por ello que, al surgir una situación, me llamaban a cualquier hora para que acudiera a dar respuesta. No tenía horarios. Algo había cambiado.

De todo esto nació otra idea, llegar más lejos a través de la creación de una comisaría para la mujer y la familia. Comencé a hacer visible la problemática en el partido de Villari-

no, la forma que encontré fue a través de los distintos medios de comunicación (radio, diario y televisión por cable local), como así también con las instituciones educativas, donde di a conocer el trabajo que estaba llevando a cabo. Las instituciones escolares, en ese momento, presentaban gran demanda.

Posterior a esto comprendí que era muy importante implicar a la sociedad y que ya no bastaba con ir a la radio o salir en el diario. Entonces opté por generar espacios de charlas en las comisiones de fomento, impulsando la idea y visibilizando la necesidad de que el partido de Villarino contara con una comisaría para las víctimas de violencia.

Cabe destacar que estos primeros pasos fueron en el partido de Villarino, principalmente en Pedro Luro, donde me desempeñaba como policía.

Corría el año 2005, durante el gobierno de Felipe Solá, y contando con el aval del ministro de Seguridad de la Provincia, León Arslanian, se generaron las primeras Comisaría de la Mujer, teniendo de base la Ley provincial 12.569.

Como mujer policía, comencé a experimentar un gran cambio de paradigma. Fue el Sr. León Arslanian quien levantó en alto la vara de la mujer, reconociendo el rol fundamental que tiene dentro de la fuerza de seguridad, dándole jerarquización e integración para ejercer el trabajo de prevención y atención de violencia de género dentro de las comisarías; enalteciéndonos y revalorizándonos en nuestro trabajo dentro de la fuerza verticalista y machista, sobre todo si tenemos en cuenta que, años atrás, las mujeres no podían ejercer cargos.

Durante esos años, se llevó a cabo un cambio que marcó rotundamente la mirada respecto de la problemática y que

implicó generar nuevos conceptos donde la mujer es portadora de derechos, en concomitancia con las nuevas leyes que reconocen a las personas como sujetos de derechos.

Con el apoyo del Estado es que nos nutrimos de valor y coraje para llevar a cabo esta lucha que no tiene fin.

Por distintas cuestiones de la vida, en el año 2008 me radiqué con mis hijos en la ciudad de Carmen de Patagones. En esa nueva ciudad, noté que existía la misma problemática. Ante esta situación, nuevamente se despertó en mí la idea de activar a los distintos actores y espacios sociales para peticionar en conjunto la creación de un espacio de atención para las víctimas de violencia, la primera Comisaría de la Mujer y la Familia de Patagones.

Si bien se sabía que existía la problemática, había que encontrar la forma de llegar a la gente. Fue así que se generaron espacios de charlas o encuentros en las comisiones de fomento. Luego, los presidentes de esas instituciones barriales hicieron notas contando con las firmas de los vecinos y solicitando la creación de esta comisaría. En esta oportunidad, conté con el acompañamiento y asesoramiento de la jefa de la Comisaría de la Mujer de Bahía Blanca de aquel entonces.

Las estrategias

Algunas de las estrategias ya las fui mencionando, pero quiero contar una muy particular. Además de realizar la denuncia, me di cuenta de que podía también acompañar a las víctimas. Entonces, comencé a hacer el seguimiento realizando

visitas a los hogares de las mujeres. Fue así que comencé a manejar el móvil policial, algo impensado para una mujer en aquel entonces, en una institución con el machismo tan arraigado.

Por otro lado, otra manera de poder llevar a cabo esta tarea fue compartir mi número de teléfono y nombre, para que supieran que yo podía darles respuestas.

En más de una oportunidad, abrí las puertas de mi casa cuando las mujeres y niños quedaban esperando respuestas para las exclusiones de los victimarios y cuando esperaban respuestas de los consulados para volverse a su país por ser trabajadores golondrinas.

Luego de tanto andar y de recorrer este largo camino, en el año 2010 se inauguraron las comisarías de la Mujer y Familia en los partidos de Villarino y Patagones. Es el resultado de la lucha de muchos actores sociales que forjamos, nos involucramos y nos enfrentamos a las adversidades machistas y patriarcales.

En el año 2011, comencé a trabajar en la Comisaría de la Mujer y la Familia de Carmen de Patagones, desempeñando distintas tareas, entre ellas, ocupándome de protocolo y ceremonial. Y así continué hasta el año 2016 cuando me retiré de la policía.

Todo este recorrido me llena de orgullo por saber que desde mi lugar aporté un granito de arena para que esta lucha continúe. Asimismo, me parece interesante destacar que fueron sumamente positivos los avances que se fueron dando a lo largo de los años en materia de derechos para las mujeres y niños, niñas y adolescentes. Es una herramienta que fortalece no solo a las familias sino a quienes debemos hacer cumplir la ley.

Me fui convencida de haber cumplido con mi deber de servicio en la comunidad. A pesar de los obstáculos que atravesé, nunca bajé los brazos, gracias a mis hijos, quienes me acompañaron y acompañan en este camino.

En la actualidad, si bien estoy retirada de la policía, mi compromiso en esta lucha sigue siendo el mismo, continúo asesorando y acompañando a aquellas personas que sufren la problemática. Desde mi lugar, siento que continuar me permite honrar la vida de aquellas personas que no pudieron recibir el apoyo, la contención y la justicia que buscaban, y murieron en manos de sus agresores.

Vuelve a brillar una vez más...

Alejandra Castillo

ALEJANDRA CASTILLO

Alejandra Castillo vivió una vida muy difícil. La violencia fue una constante en la dinámica familiar, no obstante intentó construir una familia en diferentes condiciones. Tuvo cuatro hijos que tienen 13, 12, 10 y 5 años, a quienes ve crecer. Con enorme sacrificio se radicó en Exaltación de la Cruz para ofrecerles una vida mejor. Las circunstancias hicieron que atravesara enormes desafíos, especialmente con la salud de una de sus hijas. Hoy puede narrar su historia desde un lugar mejor.

HEBE GARDES

Nació en 1979, en La Plata. Es Ilustradora y Artista visual egresada de la Facultad de Bellas Artes de la UNLP, Egresada del Bachillerato de Bellas Artes Prof. Francisco A de Santo.

Desde el año 2007 trabaja de manera profesional como artista e ilustradora de libros, revistas y animaciones destinadas al mundo infantil. Publicó ilustraciones en editoriales como Planeta, Atlántida, Comunicarte, INTA Ediciones, Ministerio de Salud de La Nación, Ediciones del Eclipse. Trabajó en la identidad de programas de Encuentro, Canal 7 y Paka Paka.

Se interesa por las Infancias, las Mujeres, la inclusión social. Es docente de Plástica, para su formación integral realizó un postítulo en E.S.I.



Vuelve a brillar una vez más...

¿Cómo comenzar esta historia de vida? Mi vida. Solía preguntarme cómo verían los demás la manera en la que pude sobrellevar tanto dolor y hoy, junto a mis hijos, ser la mujer que soy. A pesar de las circunstancias que nos toca vivir, atravesar esas tinieblas, esa oscuridad que te transporta a otra realidad, aquella que nadie puede imaginar, en la que estás sólo vos y tus fuerzas.

Decidí escribir —más allá del deseo de poder expresar lo que me pasó— para poder dejar plasmadas las ganas inmensas que siempre tuve de vivir. El deseo de que todo cambie y la fe de que así tenía que ser nunca murieron y creo que es lo que nos mantiene de pie, porque estoy segura de que más de uno te habrá juzgado y señalado con el dedo diciéndote que vivís así porque querés, como si nosotras tuviésemos el poder de organizar los sucesos..., como si -por arte de magia- pudiéramos ver lo que pasaría cuando miramos donde no debíamos, nos vestimos justo con esa remera a rayas que, debíamos ima-

ginar, provocaría un desastre, una golpiza o quizás el inicio de una película de terror, de esas donde la puerta se atasca y no podés escapar.

Por eso, hoy, que tengo la oportunidad de que mis manos puedan expresar lo que ya otros perdieron, ya que tengo el agrado y la suerte de poder dar testimonio *vivo*, como así también regalar un pedazo, o quizás todo, de lo que soy, para que quien lea sepa que en alguna parte del mundo hay una como ella, como yo, que se animó, no se rindió, siguió y lo consiguió. Y que a pesar de que sientas que estás sola y lo merecés, antes de empezar, dejame también decirte que no es así, es solo lo que nos hacen creer, es la manera en la que nos capturan como aves exóticas para que pronto nos extingamos y no podamos ser la voz que advierte, que salva y cambia.

No sé por dónde empezar. A veces la historia comienza mucho antes de lo que imaginamos, como un videocasete que retrocedemos buscando el inicio. Las estadísticas muestran y explican que la mayoría de las relaciones tóxicas y dañinas comienzan desde la niñez, proyectándose de maneras distintas hacia la adultez, pero ¿realmente es así? Al menos, en mi caso, lo es. La indiferencia, el desprecio, la agresión me visitaron para quedarse conmigo desde muy temprana edad, aquella de la que apenas tengo recuerdos. Ni siquiera hay registros, ni fotos, ni memoria. Sólo secuencias que, científicamente, dibujaron un GPS en mi cerebro para buscar aquello de lo que tenía conocimiento, de lo que ya había experimentado y a lo cual me había acostumbrado. Ocho, quizás nueve años tenía... Fue el comienzo de mi historia y quizás suena conocido este cuento triste y repetido, pero cada vida es única y la manera en

la que la vivimos, también. El mundo ya era así cuando nací. Cuando crecí, inundaba mi niñez con películas y novelas para escapar de mi realidad, sin darme cuenta de que injustamente me iba a esos lugares donde el dolor se asemejaba, se parecía más al mío, y es que a veces tenemos miedo de ir adonde no conocemos, así que por lógica escapamos hacia aromas, colores que nuestro cerebro reconoce.

Diez años me costó escapar para llegar a ese lugar de colores similares, de olores idénticos, de sentimiento heredado, aquel lugar en el que pensamos: «Soy adulta. Ahora ya nadie lastima». Y dejame decirte que se me escapa una risa triste al escribirlo, porque a veces también es bueno reírse, aun cuando estamos ahogándonos, pues sentí en ese momento de mis 18 años que los golpes, la agresión, la indiferencia, la infelicidad desaparecerían. Pero, como sabrás, y te darás cuenta, no fue así, aunque debo decir que al principio sí, era lindo... sucede a menudo, ¿no? El beso, el abrazo, ese ya no vas a estar sola, que te consuela y te seca las lágrimas... pero, como todo en la vida, solo sería una temporada. El primer insulto se hizo escuchar hasta penetrar el alma como una espina que nace nuevamente en vos y te dice, con dolor: «Creo que te equivocaste de lugar». Pero como el corazón, a veces necio, se niega a entender y aceptar, saqué esa espina y me puse una curita. Apenas unos meses habían pasado y mi barriga traía una noticia en una noche de lluvia y desgarró, al escuchar nuevamente la indiferencia que se hacía eco..., pero es que, por defecto, ¿una no debe alegrarse de la llegada de una nueva vida? Mi tonta juventud no sabía nada, ni siquiera una pizca de lo que vendría, solo existía la esperanza de poder formar, dar y recibir lo que nun-

ca había podido, lo que había conocido solo por películas y libros. Como se imaginarán, la agresión aumentó. El dolor, la fatiga, la tristeza. Sentí que, poco a poco, ese sueño pequeño de construir un lugar distinto de aquel en el que había crecido se desvanecía, y me daba cuenta..., pero no quería otra vez aceptar mi corazón. Seguí buscando una razón para seguir; sus palabras, sus pocos momentos de risas, ese abrazo y ese beso que me enamoró, que me hizo sentir especial, que le importaba a alguien..., pero, con los años, ese beso ya no era. Y ese abrazo ya dolía. Con mi segundo hijo, mi cuerpo deshidratado de derramar tantas lágrimas aún seguía teniendo la esperanza, una pequeña luz en una oscura habitación de mi corazón, que aún no había cerrado y que, entre idas y venidas, volvía siempre al mismo lugar, a los mismos brazos, al mismo dolor, una y otra vez. Mi mente encontró aquello que ya había vivido y se encontró cómoda. Ya no me preguntaba el porqué, solo vivía. Esas dos razones se duplicaron y ya con cuatro hijos, sin darme cuenta, mi vida se llenó de risas, travesuras, noches enteras de insomnio, de abrazos verdaderos y besos tiernos que ponían curitas a mi corazón. Pero entre tanta luz, siempre había algo que lo apagaba y lo opacaba. ¿Por qué no escapé aquella vez? ¿Qué era lo que me retenía? Con los años, las risas se iban, la luz también y las curitas ya se despegaban de mi corazón, que volvía a sangrar una y otra vez. Mi cuerpo mostró el dolor y la infelicidad, las arrugas, las cicatrices y otra vez volvía a salir el sol, cada tanto lo hacía, y volvía a esa realidad de la que sí me sentía feliz. Éramos felices, reíamos, jugábamos, éramos una familia feliz, famosa frase que se desvanece apenas terminamos de decirla. Catorce años de incertidumbre. ¿Catorce

años es poco o demasiado tiempo para despertar y reaccionar? Seguía esperando que la vida, algún día, me diera un respiro. Una noche, próxima a la primavera, un golpe seguido de un silencio cambió totalmente la dirección en la que iba. Mi hija enfermaría de cáncer y todas las posibilidades de pensar en mí, en cómo salvarme, en cómo salvarlos, desapareció. Ahí comencé a trazar un nuevo camino con un dolor añejo en mi espalda y un dolor en el alma que cargaba aupa... Cada radioterapia, cada quimioterapia, cada laboratorio era un pedazo de corazón que se unía a ella, esperando sanar así su dolor. Su llanto quebrantaba mis entrañas más de lo que su padre había podido en esos catorce años. Interminables eran mis oraciones. Inevitable fue arrodillarse ante Dios, y suplicarle piedad. Inútil fue enojarme, porque dentro de mí sabía que solo él tendría la última palabra. Llegar a casa exhausta y solo encontrar indiferencia y más dolor. Aún me pregunto hoy qué es lo que a su corazón le había pasado, ese corazón que prometió cuidarme como nadie lo había hecho, el que prometió entenderme y abrazarme. Me debatía entre la batalla de mi hija y la de saber cuál había sido mi error, si todo fue en cadena... Si hubiese evitado pintarme, o ponerme esa remera corta a rayas, quizás así él no se hubiese enojado o desconfiado del amor que le tenía y quizás así no me hubiese lastimado y quizás así también mi pequeña no hubiese tenido dolor de ver mi dolor, no hubiese llorado mis lágrimas, ni mis hijos hubiesen acostumbrado su mente a esta escena que yo misma dejé que transcurriera.

Muchas me han dicho que la culpa que siento no está. No me pertenece, pero cómo no hacerse cargo si yo ya cono-

cía ese dolor, ese desprecio, esa agresión, ese amor que nunca existió y yo me creí. Esa película que dejé que se filme con fallas..., con un villano y sin ningún superhéroe que viniera a rescatarme.

En el campo parecía que iba a cambiar nuestra vida, para poder sanar las heridas, pero en las noches el silencio se terminaba, y ni siquiera la cola de un tornado nos destruiría tanto como aquel hombre lo estaba haciendo. Ya no había más intentos, ya no había lágrimas... De a poco —y me agrada decir, por fin— la esperanza de esperar que cambie había desaparecido. Me fui escapando de a poco. Esperaba que durmiera y emparchaba pedazos de mi corazón desparramados por la casa, y mientras lo miraba dormir lloraba, lloraba tanto. Lo amaba tanto. Digo que lo amaba porque en ese momento el odio se apoderó de mí, solo deseaba que se fuera. Le pedí tanto a Dios las fuerzas necesarias para hacerlo poco a poco. La primavera me armó de valor para que ese 21 de septiembre, a varios kilómetros a través de un celular, se escuchara mi voz temblorosa que pedía, a llanto desgarrador, ayuda¹. La voz de una mujer me escuchó y me habló por horas. La noche se hacía eterna. Los gritos. Las amenazas. Mis hijos, aterrados. Y una voz que aliviaba mi alma, que me decía que aguantara, que no estaba sola, que estaba llegando la ayuda. Por momentos pensé que no pasaría, que sólo debía colgar y —como dijo mi madre— hacerme cargo de la situación. Pero esa noche algo se quebró, algo se rompió, no sé con exactitud.

1. La línea 144 funciona gratuitamente, todos los días durante las 24 horas para atender, contener y asesorar en situaciones de violencia por razones de género.

Hoy aún no puedo explicar qué fue, pero lo que haya sido me dio la valentía suficiente para gritar a los cuatro vientos «¡basta...!» Dolía, ¡y no se dan una idea de cuánto!, la imagen escapando de mi casa, golpeada, llegando a sus brazos, viendo en secuencias cómo se desfiguraba y transformaba en lo mismo de lo que había escapado. Me dolió, no sabés cuánto... Me vi escribiendo esas cartas para él, esos regalos, esa mirada de protección que me daba y la que, con los años, se convirtió en un monstruo. A lo lejos se escuchaban sus gritos, su inseguridad, la que más me lastimaba, los fantasmas que lo acechaban me iban matando de a poco. Lo amaba tanto. No es fácil estar ahí parada, siendo valiente, cuando en realidad te sentís derrotada. Cuando sentís que estás tirando todos los sueños, la familia feliz, maldita frase, maldito molde que uno busca con tantas ganas, lo quiere a toda costa, a costa de nuestra vida, de nuestro dolor, de nuestras lágrimas, a costa de todo, pero ¿para qué? Preferí quedarme sólo con la ilusión de cómo hubiese querido que fueran las cosas. ¿Valentía? Cuando salvás a tus hijos, pero le sacás su anhelo. ¿Valentía? Cuando tendrías que haberlo hecho antes, antes de que todo doliera tanto. Valiente me sentí al sonreír cada vez, valiente me sentí al despertar cada día, valiente me sentí al decir que sí cuando era no, valiente debí haber sido cuando mentía y decía que todo iba a mejorar, que su padre iba a cambiar.

Esa noche, aún con el celular en mi oído, podía sentir cómo se bajaba el telón rojo brillante de una obra triste sin un protagonista a quien aplaudir, una obra trágica de dolor y más dolor, un dolor que hasta hoy cuesta sanar. La voz de aquella mujer me decía que era valiente, que ahora ya nada me haría

daño, que ellas me protegerían. El patrullero llegó y él escapó por una ventana, cual prófugo. Creo que aún no se daba cuenta del daño que estaba haciendo. Entre llanto pude explicar mi situación, pero no alcanzaba porque estaba viva, respiraba, caminaba y aún tenía fuerzas para hablar. Quizás por eso no alcanzó para que la policía, quien debía protegernos, no lo hiciera. Pero otra vez esa voz del otro lado del celular me decía que todo estaba bien, que siguiera, que debía seguir². Mi familia, la que me atrevo a decir que nunca lo fue, ni ese ni ninguno de los días en que, con mi rostro marcado, mis lágrimas y mi miedo pedí que me rescataran, no lo hicieron. Al contrario, me dejaron, qué más podía esperar. Inútil es hablar de ellos, después de esa noche empezaron los papeleos, comisarías, pericias, entrevistas a mis hijos, hacernos soltar todo ese dolor que cargamos, todo ese amor que se había muerto, ese abrazo tan confortable que le dio paz a mi vida.

En ese momento cuando uno siente que ya está, que perdió todo, que fallamos, como mujer, como esposa, como madre, cuando volvemos a una casa en la que el silencio daba aún más miedo de lo que pudiese pasar si volvía y con más rabia de la que ya llevaba su corazón. Debía protegerlos, era el comienzo de una nueva vida, de un nuevo yo, una nueva Ale... o más bien el reencuentro con aquella Ale perdida en un bosque de sueños guardados y sonrisas escondidas.

Los días pasaron, creo que hasta los árboles volvían a florecer, el pasto se hizo más verde y las aves volvían a cantar

2. «Una puerta violeta» es el programa municipal de abordaje de las violencias por razones de género en Exaltación de la Cruz.

por las mañanas. Reírnos al comienzo era raro, pero poco a poco fuimos dándole color a esta historia gris. Una tarde suena mi celular. Era esa voz, la que me había hablado por más de una hora esa noche, que me invitaba a un lugar para tener una charla y en donde comenzaría realmente el cambio, donde mis ojos se abrirían por primera vez, y mis sueños volverían a fomentar mi día a día. Al principio no quería ir, tenía miedo, era algo nuevo. Mi cerebro no procesaba ni la cuarta parte de lo que estaba sucediendo. Esa noche, recuerdo, no dormí. Miré el cielo, lo contemplé como nunca lo había hecho. Llegué a contar casi quinientas estrellas, y cada vez que las contaba se hacían aún más brillantes, mi corazón volvió a latir y con fuerza me armé de valor y me decidí a dar el paso, sin saber que sería el comienzo de una nueva historia, una maravillosa historia. Esta vez sí era grata, sí tenía amor, expresado de todas las maneras que pueden existir.

Crucé la puerta³ esa tarde, dejé en la vereda una parte de mí aquella de la que me quería olvidar. Me senté en una ronda. Empezaron a llenarse las sillas, éramos apenas seis o siete mujeres y puedo describir con lujo de detalles cada rostro que vi y que jamás olvidaré. Nos pidieron que dibujáramos en un trozo de tela lo que sintiéramos en ese momento, aquello por lo cual estábamos ahí. Esas mujeres con sus manos, que fueron creadas para deslumbrar, ya no se usaban para tapar nuestro dolor, nuestros rostros, nuestra historia, dibujaban

3. «Construyendo puentes» es el dispositivo grupal que funciona en el marco del programa municipal «Una puerta violeta». Se trata de un espacio de trabajo y reflexión entre pares, que funciona como red de apoyo.

esta vez playas, montañas, días soleados, nombres... y las mías por primera vez dibujaban corazones de rojo pasión, de rojo amor, cuatro corazones que eran y serán el motor de mi vida. En ese pequeño patio, comenzábamos a escribir una nueva historia. Nuestra historia. Una historia propia que nos enseñaban cada vez que nos reuníamos a adornarlo con colores y sabores nuevos, a transitar un duelo por esa vida que tanto nos lastimó, pero que tanto nos dejó. Tres mujeres⁴ que decidieron tendernos la mano para sacarnos de la oscuridad, animarnos a volver a brillar, a volver a soñar, a volver a vivir, a sonreír. Cada herramienta que nos daban nos fue haciendo más fuertes, construyendo un puente que nadie podría destruir, un puente que costó cada lágrima, cada yo puedo, yo quiero, yo deseo. Un puente que debíamos cruzar, pero había algo que no nos habían enseñado y ya sabíamos que, como si fuera una temporada, tenía que terminar. Un viaje a Córdoba⁵ nos hizo realzar nuestro valor, nuestra identidad, quiénes éramos realmente y hacia dónde queríamos ir. El paisaje, la estadía con un grupo de mujeres que lograron cambiar nuestras vidas tan solo con voltearnos a ver, sin apuntarnos con un dedo, solo quisieron escucharnos y acompañarnos a terminar ese puente que luego tendríamos que cruzar solas y sin mirar atrás. El día se acercaba, tantas emociones, hubiese querido que dure más, pero ya estábamos preparadas, ya teníamos las alas

4. El equipo interdisciplinario de la Dirección de Género y Diversidades de Exaltación de la Cruz se conformó en el marco del programa provincial «Comunidades sin Violencias».

5. En el marco del programa provincial «Mar (sierras) para Todas».

reconstruidas para comenzar a volar otra vez, éramos aves exóticas siendo liberadas para llevar por el mundo nuestra belleza única, nuestra valentía, nuestra historia y lograr que se multipliquen estos puentes y que lleguen a tantos corazones como se pueda para transformarlos, arreglarlos, remediar ese dolor, esas alas quebradas, para que un día en el planeta tierra se conmemore el Día de Nunca Más... En honor al día en que nunca más hubo mujeres desamparadas, con miedo, con dolor, con alas rotas, mujeres siendo amadas, respetadas, madres, hermanas, tías, amigas, primas... En fin, el día en el que nunca más la mujer lleve a costas el dolor, el llanto, la vergüenza, sueños rotos, hijos tristes, memorias perdidas, que nunca más tengamos que escapar ni escondernos, rendirnos o apagarnos. Es mi historia como tantas otras más por todo el mundo. Cada día donde se escucha un «No puedo más», «Lo amo demasiado», «Va a cambiar», «Soy la culpable», «Debo salvar a mis hijos». Una historia más como la tuya, más grave, menos grave, pero con el mismo dolor.

No hago esto por un premio o para que se publique en un libro, lo hago porque quisiera que cada mujer del planeta tierra tenga las herramientas necesarias, como las tuve yo. La oportunidad para fortalecerse, encontrar esa fuerza que tenemos, pero muchas veces queda escondida en alguna parte de nuestra mente. Para que cada mujer tenga la valentía para volver a volar o no dejar de hacerlo, para que cada mujer reconozca el valor que tiene. Y que merecemos sonreír con tantas ganas que nos duelan los cachetes, que merecemos que ese telón rojo brillante se cierre cuando nosotras lo decidamos, para que nunca de los nuncas dejemos de brillar porque

somos solo un instante en la existencia y debemos dejar, en ese lapso, luz y felicidad, aunque la vida nos golpee fuerte y el destino terco nos quiera tumbar. Tener las agallas para volver a levantarse, ligarse a una religión, a Dios, a nuestros hijos, pero no dejar jamás, pero jamás, de brillar. El amor no duele, el amor te hace brillar aún con mil defectos, el amor te abraza, te da anhelo, te da felicidad. El amor no duele, el amor transforma, no desorienta, no duele. El amor es un ave exótica que debemos dejar libre para que se multiplique y no se extinga.

Tarjeta Verde

Rocío Ailen Risso Fuentes

ROCÍO AILEN RISSO FUENTES

Nació el 6 de febrero de 2002 en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, y transitó su nivel primario y secundario en una escuela católica. Su pasión por la lectura empezó a los 11 años cuando su mamá le regaló el Diario de Ana Frank. A los 20 años se recibió de Periodista Deportiva en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad de La Plata. En el fútbol, y especialmente en la rama femenina, encontró su lugar para comunicar con perspectiva de género aquello que estaba invisibilizado. Siendo ayudante de cátedra de un taller de radio, descubrió su amor por la docencia y se encuentra cursando el Profesorado en Comunicación Social, mientras que ejerce su profesión en un club de Primera División de AFA y trabaja en la administración pública.

YÉSICA BRITO

@solferina.solferina

Nació el viernes 15 de febrero de 1985. Oriunda de Necochea y actual residente en Mar del Plata, vivió también en CABA durante sus estudios superiores en Diseño y Artes Visuales.

Nació como Yesi, creció como Solferina.

Ama los gatos. Hoy comparte su casa con uno llamado Chacabuco y también con dos humanos llamados Mati y René.

Le es inevitable el disfrute infantil y sincero de dibujar y colorear, incluso habiéndose convertido (afortunadamente) en su trabajo.

Nunca será tiempo de aburrimiento si tiene herramientas y materiales para experimentar.

Se puede conocer el mundo Solferina, sus colores, procesos y personajes en www.solferina.com.ar



ABORTO
LEGAL
YA!

YA!

14 JUNIO 2018
13 JUNIO 2018

8 AGOSTO 2018
29 DICIEMBRE 2020

Poffina

Tarjeta Verde

A las once de la mañana empezaba el debate en la Cámara de Diputados. El tan esperado 13 de junio había llegado. Me cambié, me até el pañuelo al cuello, desayuné mirando el noticiero con mucha atención porque ya había comenzado la previa, y salí rumbo al colegio.

Con 16 años, mi única preocupación era saber si tenía datos móviles para seguir de reojo la sesión por el celular en la clase de Historia. «Esto recién empieza, falta mucho todavía», nos dijo el profesor y, en el fondo, sabía que tenía razón, pero estaba convencida de que era el comienzo de una marea que, quizás, nunca iba a parar.

Pasaban los minutos y seguía prendida al celular, contando y festejando cada voto a favor, como si fuera un gol de la Selección Argentina en la final de la Copa del Mundo. Ver la pantalla del Congreso de la Nación, con más bancas verdes que rojas, era un grito de desahogo y felicidad, a pesar de que todavía quedaba la etapa más difícil para alcanzar la gloria eterna.

Esa mañana decidí pasar a la bandera. Era algo que solía hacer con frecuencia, pero esta vez fue diferente, porque tenía puesto el pañuelo verde, ese que representaba una demanda y pedía a gritos convertirse en un derecho. El corazón me latía cada vez más rápido y noté una sensación de nervios antes de acercarme al mástil, porque no paraba de arrancarme las uñas. Pero ahí estaba, en frente de muchas compañeras y compañeros, con los directivos observando y la iglesia de fondo. En ese momento, entendí que era un desafío llevar ese símbolo de lucha a un colegio católico como el mío.

Si bien había muchas autoridades que defendían la despenalización y legalización del aborto en nuestro país, no dejaba de ser una institución con principios religiosos.

Y eso fue lo que me hizo sentir fuerte. A pesar de las miradas, sostenía que tenía que defender con garra y corazón esa lucha hasta el final, no iba a dejar que me echen del partido más importante del año.

Después de izar la bandera empezó el pañuelazo que habíamos convocado con el centro de estudiantes del cual formaba parte. Éramos más de veinte pibas y pibes, en el medio del patio, charlando, entusiasmados/as y, sobre todo, juntos/as. «Para que dejen de decidir sobre nuestras vidas, para que no se muera ni una piba más. Aborto Legal YA», era la frase del cartel que decidí alzar esa mañana. Nuestra pequeña movilización duró menos de quince minutos, porque los preceptores nos separaron, dijeron que podíamos expresarnos, pero no de manera colectiva.

A pesar de los obstáculos, tenía que seguir militando en los espacios que transitaba la despenalización y legalización del

aborto en Argentina. El colegio San Miguel Obra de Don Bosco, ubicado en el barrio San Carlos de la ciudad de La Plata, fue el lugar donde crecí, aprendí y combatí, junto a muchas compañeras, para que la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito tenga visibilización en las carteleras, en las paredes de los pasillos y, sobre todo, en la voz de los y las estudiantes.

Me hubiese encantado militar esta lucha en las calles, pero mi mamá me decía que era muy chica para ir a una marcha. Cada vez que se lo preguntaba, me respondía: «Hubo estudiantes que fueron torturados y desaparecieron por reclamar sus derechos». A pesar de mi enojo, no podía ir por encima del miedo que estaba guardado en su memoria.

La mañana del 13 de junio fue un partido con alargue y penales. No se terminaba más pero, pasadas las doce, llegó el primer triunfo legislativo: 129 a favor, 125 en contra y una abstención.

Si bien aún faltaban noventa minutos más en Senadores, el camino ya había empezado y una gran rama de nuestro sistema democrático decidió que no continúen falleciendo mujeres. Pero qué difícil era encontrar esperanzas cuando el frente mayoritario de la Cámara de Senadores había votado, en la primera instancia, que no teníamos derecho a decidir sobre nuestros cuerpos.

Como mujer y como adolescente, tenía presente que lograr la legalización era obtener un derecho para mi futuro, con la seguridad de estar respaldada por un Estado nacional y provincial presente, debido a que este último tenía el desafío de garantizar el acceso al aborto en cada rincón de la provincia de Buenos Aires.

El 13 y 14 de junio y el 8 de agosto de 2018, como también las instancias previas al debate y la etapa posterior, que culmi-

nó el 29 de diciembre de 2020, cuando finalmente se aprobó la despenalización y legalización del aborto en Argentina, fueron fechas que me invitaron a transformar mi adolescencia, porque encontré, en algo tan colectivo, un interés individual que me permitió ver el mundo con lentes verdes (y violentas, también).

Cuando tenés 17 años y nace un derecho, se te infla el pecho de orgullo, pero a la vez comprendés que todo ese tiempo hubo clandestinidad, esa a la que, aunque cueste miles de gambetas más, deseo que no volvamos nunca.

¿Cinco palabras?

Magdalena Maloberti

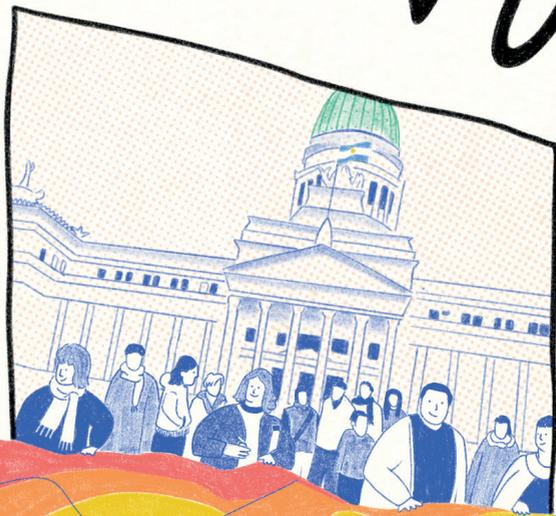
MAGDALENA MALOBERTI

Magdalena se crio entre árboles de ciruela, bicicletas playeras y calles empedradas. Fue al jardín en Adrogué, a la primaria en Lomas y a la secundaria en Temperley. A sus 18 quiso huir del conurbano sur y se fue a Ushuaia, pero su curiosidad la impulsó por nuevos rumbos y, dos años y medio después, llegó a México tras viajar por toda Latinoamérica. Actualmente vive en Capital con sus 2 hijas y una gatita.

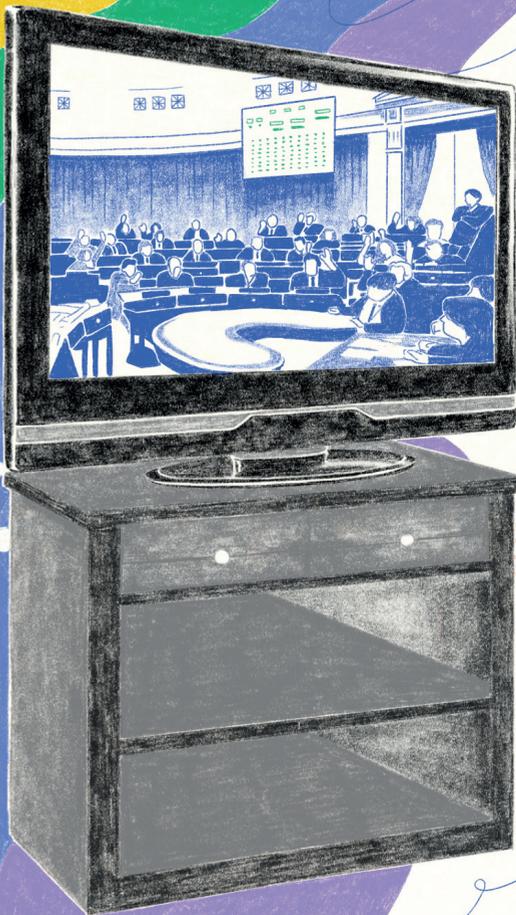
MELO

@melo_dibuja

Melo nació en 1998 en la provincia de Buenos Aires. Es estudiante de Diseño Gráfico en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Dibujante desde temprana edad, actualmente diseñadorx gráfico a tiempo completo e ilustradorx cada vez que surge la oportunidad. En su instagram reúne ilustraciones y pequeñas animaciones de cosas que le parecen importantes en la vida como les amigos, la música, la política y la identidad.



VOS
S
?



S
A
B
I
A
S

¿Cinco palabras?

Pasaron doce años. Esa noche, como tantas otras, volvíamos juntos del consultorio que él atendía en Lomas. Desde que yo había vuelto a Argentina empecé a trabajar, unas tardes a la semana, como secretaria de su consultorio. No me gustaba ese trabajo, pero no tenía plata. Ya había sido su secretaria en mi adolescencia y conocía sus mañas para satisfacerlo: preparar anticipadamente el té entre un paciente y otro, para que estuviera tibio al momento en que quisiera tomarlo, y hacer legibles letras y números en la agenda. De todos modos, ante el mínimo descuido, encontraría una excusa para quejarse de algo, así que intentaba cumplir al menos con esos dos objetivos. Como jefe era complicado; pero como papá, mucho más.

Cada tarde, yo subía y bajaba con pacientes que llegaban a su turno o se iban tras la consulta, mientras leía en la sala de espera apuntes del CBC y miraba por la ventana esperando que pase la tarde.

Cuando terminaba el día laboral, caminábamos las seis cuadras que separaban el consultorio de la casa de mi mamá. Ella nos solía esperar con alguna cena. Teníamos esa costumbre, aunque estuvieran separados desde mi adolescencia. Hacía unos años que habían vendido la casa familiar, donde convivimos con mis hermanas. Mi papá, desde entonces, vivía en la Capital, en el barrio de Balvanera, y mi mamá y yo vivíamos en un departamento en Lomas de Zamora.

Esa noche de julio del 2010, tras la jornada laboral, mi mamá no estaba y con mi papá cenábamos en la casa de ella. Comíamos unos fideos con salsa. En la tele pasaban la votación en vivo que se estaba dando en el Congreso sobre la Ley del Matrimonio Igualitario, la que permitiría que gays y lesbianas tengan el derecho a casarse ante el Estado, como las personas heterosexuales lo tuvieron siempre. Esa votación, en particular, me llamaba la atención. Había vuelto, hacía unas semanas, de un recorrido de dos años por diferentes culturas latinoamericanas, predominantemente tradicionales, católicas y conservadoras, y me alegró sentir esa frescura y apertura ante ese debate en mi país. Bajo un frío invernal, en las cercanías del Congreso, la comunidad LGTBIQ+ estaba presente, esperando la sanción de la ley.

Mi papá, en el transcurso de la cena, me dijo que iría a la movilización que se daba en el Congreso. Me sorprendió, ya que nunca había manifestado empatía frente a movilizaciones populares, ni mucho menos había participado de marchas ni eventos así. A raíz de eso, y viendo que en el Congreso se daban movilizaciones a favor y en contra, le pregunté: «¿A cuál movilización?, ¿a la de la iglesia o la de quienes están a favor de la ley?».

La contramarcha estaba protagonizada por organizaciones evangélicas y católicas, que resistían con rosarios y cruces la posibilidad de que el Estado otorgue derechos a las personas que iban en contra de los mandatos heteronormativos. Las afirmaciones que sostenían para evitar la ley tenían que ver con la defensa de la familia tradicional, la homosexualidad entendida como una enfermedad y otras tantas, que evidenciaban sanciones morales hacia la diversidad sexual.

Pero mi pregunta, ante el comentario de mi papá, era legítima. Yo realmente no sabía a qué movilización quería ir. Mi papá es católico, visita con frecuencia monasterios e iglesias, hace retiros espirituales, pero también tiene libros en su biblioteca de Gayle Rubin, Paul B. Preciado y Michel Foucault. Lo que generaba en mí una profunda contradicción.

Él no respondió, como quien da por sobreentendida la respuesta. Y me hizo una pregunta, de esas que no esperan respuesta, porque se encuentran con el silencio de toda una vida: «¿Vos sabías que soy homosexual?».

Usó esas cinco palabras enmarcadas con los signos de pregunta. Me lo repetí en silencio a mí misma. Mi papá homosexual. Mi papá, al que nunca vi abrazar a mi mamá, el que prefería irse de viaje con amigos, el que dormía en una habitación en el fondo de la casa, el que se casó y tuvo 3 hijas con mi mamá.

«Vos sabías que soy homosexual?». No supe qué responder. ¿Lo sabía? A mis 25 años, las piezas de un rompecabezas disperso encontraron cómo encastrar los silencios y los enigmas que habían cimentado gran parte de mi vida.

Tal vez esa noche fue el resultado de muchas otras, en las que no pudo hacerme esa pregunta. O quizás, esa noche, fui yo

quien pudo escucharla. Pero ese 15 de julio del 2010, a sus 57 años, mientras senadores y senadoras argumentaban a favor o en contra de la ley, y el debate se instalaba en la sociedad, mi papá pudo decírmelo. Esa noche me quedé despierta frente a la tele: a las cuatro y diez de la mañana finalmente se aprobaba, en el Senado de la Nación, la Ley de Matrimonio Igualitario.

Te quiero en mi camino

Selena Soto

SELENA SOTO

Nació la mañana del 15 de agosto de 1982 en la ciudad de Ezeiza, bajo el signo de Leo. Se crio junto a cinco hermanos y sus padres. Estudió la primaria en la escuela N° 15 del barrio Uno y terminó la secundaria en la media 4 de la misma ciudad. Hizo un año de enfermería y cursos de peluquería, de lo que vive actualmente.

SOL SOTO

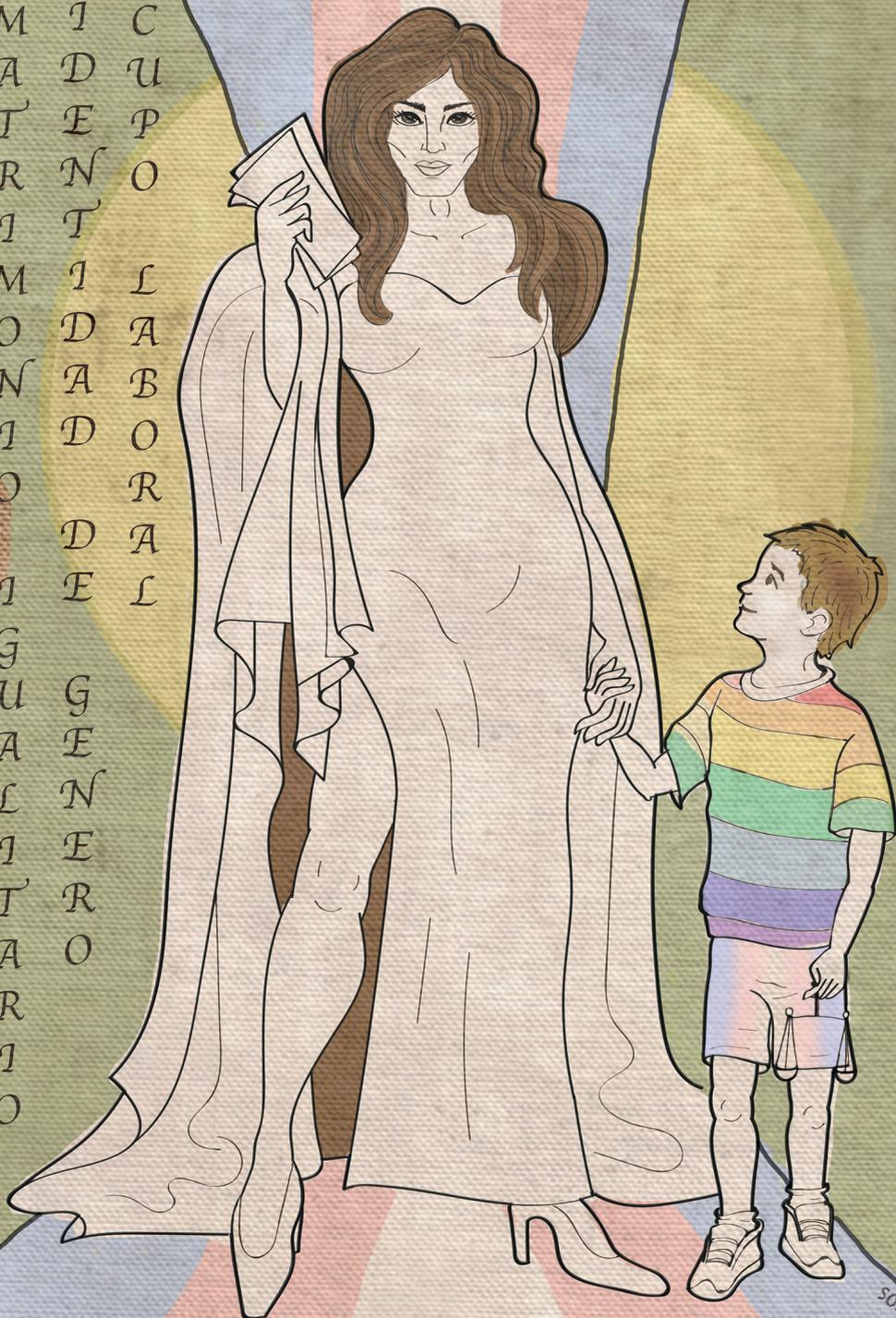
@sols_iluxtra

Sol Soto es Licenciada en Artes (USAL) y se formó en la Escuela Nacional de Bellas Artes P. Pueyrredón, en el Instituto Superior de Artes del Teatro Colón y en las Escuelas del Teatro San Martín, entre otras. Ha trabajado como escenógrafa en cine, teatro y televisión. Diseña para el sector editorial, ha publicado cinco libros con sus ilustraciones para colorear y es docente de Escenografía, vestuario e Ilustración en el programa comunitario "La UNLa de los jóvenes" de la Universidad de Lanús.

C
U
P
O
L
A
B
O
R
A
L

I
D
E
N
T
I
D
A
D
D
E
G
E
N
E
R
O

M
A
T
R
I
M
O
N
I
O
I
G
U
A
L
I
T
A
R
I
O



Te quiero en mi camino

Quisiera despertar y ser una mujer...

Esas eran sus últimas palabras antes de dormir, que Dios la convirtiera -como por arte de magia- en lo que anhelaba ser. Esa mente de niño, que no lograba entender lo que sucedía, solo que sus sentimientos y maneras no estaban bien, o al menos, eso era lo que su entorno le hacía sentir.

Eso no, así no, de esa forma no se comporta un nene

Entonces por qué, al mirarse al espejo, sus ojos reflejaban lo que su alma añoraba. Así se perdía en ese mundo, donde todo estaba bien, donde era ella y nada parecía detenerla. Podía ser todo lo que quisiera, hasta casada se veía, con dos o tres hijos que esperaban cada tarde el regreso de su marido del trabajo a su hogar. Pero tan solo era eso: un sueño, que se terminaba tan rápido y que parecía que jamás ocurriría.

-Tenés que jugar con tu hermano a la pelota. Dale, andá al Club, que los chicos te esperan.

Lo hacía, pero no era feliz. Ahí comenzó a sufrir acoso. Sus compañeros lo atosigaban por su forma de hablar, entonces prefería casi no decir palabra y se transformó en el tímido del grupo. «No, con él no, juega re mal, ni patear la pelota sabe». Y por más que lo intentara, no le salía. Así fue que una tarde regresó llorando a su casa, y entre lágrimas, le contó a su madre que no quería ir más porque lo criticaban, pero no fue entendido. El único consejo fue: «Defendete». Al regresar la próxima semana, nada cambiaría. Sólo aguantaría más burlas.

Su familia era grande. Tenía hermanxs y primxs para jugar, y más allá de que en algún momento salía algún hostigamiento, con ellos sí se sentía cómodo. En su barrio también tenía un grupo de amigos que compartía con su hermano mayor, que era el que lo cuidaba y defendía ante cualquier agravio.

Padre nuestro que estás en los cielos, Dios te salve

A catecismo iba cada sábado, y a misa, los domingos. Lo hacía sentir con más calma, creía haber encontrado su destino o su salvación. La iglesia, ¿sería el refugio? El cura vive solo, no se casa ni tiene mujer.

Tantos miedos y tantas cosas por comprender... «¿Qué me pasa?», «¿Nada está bien?», «¿Por qué no puedo ser normal, jugar a los autitos, jugar a la pelota o tener una novia en la escuela?». Todas esas emociones convivían con él, provocando estados de ansiedad y terminado siempre

en esa angustia de lo que podía o debía naturalizar.

Pero un día apareció ella en la televisión. Quedó impactado cuando la escuchó decir: «Mi nombre es el que siento, y es Cris Miró». Fue en ese entonces cuando comenzó a entender que lo que le pasaba no era de otro mundo, sino algo que no solo a él lo abordaba y que había personas que le marcarían el camino dándole luz, tal cual lo hizo esa hermosa transgénero que irrumpía en los medios, visibilizando una realidad, tornándose en su referente.

El sol surgió de entre las nubes y reflejaba claramente lo más divino de sus sentimientos, los mismos que desde entonces solo buscaron salir a flote, sin importar más nada de lo exterior, sino alcanzar esas metas, ese horizonte que pasaría a ser parte, para siempre, de su vida. Se veía plasmando esos sueños que tanto había imaginado esas noches, cuando no podía dormir, angustiado. Quería tomar valor, coraje para enfrentar los miedos y, de una vez por todas, dar forma a esa mujer que pedía manifestarse. Cambiar no es fácil, pero tampoco imposible cuando en verdad se lo desea. Su mirada ya no era la misma, poseía un destello diferente, permitiéndose, desde ese instante, ser.

Algunas personas se alejaron, muchas otras la tomaron fuertemente de la mano, sin dejarla sola. «Te entendemos y queremos lo mejor para vos, si sos feliz, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?». Esos gestos quedan en el alma, como esa primera vez que su padre la vio de mujer para una fiesta y con una sonrisa tierna le dio su aprobación. No a todas les pasa que sus familias intenten estar en sus zapatos, y dejen ideales y prejuicios tan solo para acompañarte.

El abrazo de una madre, que te diga: «Hija, te amo. Estoy orgullosa de vos», son palabras que jamás pasarán de largo, sino que se quedan en tu corazón por siempre.

Ser sincera es decir que nada fue fácil y que muchas veces sigo teniendo miedo, de la misma forma como cuando era niña. Muchas leyes se fueron otorgando para toda nuestra comunidad: Matrimonio Igualitario, Ley de Género, Cupo Trans. Desde aquel momento hasta hoy me alegra poder saber que lxs niñxs puedan tener otro panorama del que tuve yo. Hoy, mirando por la ventana, veo pasar miles de momentos que me llevaron, a mis cuarenta años, a pensar en que es necesario cambiar el mañana. Ya no quiero más compañeras muriendo jóvenes, o en situación de calle. Cuando hablo de miedos, la ancianidad desamparada me preocupa.

Son muy pocas las vejez trans que pueden ser contadas, y puedo asegurar que no son historias de color rosa. Hay vidas que son más fáciles que otras o que garantizan mayor igualdad. Pero elegí ser trans y estoy orgullosa de serlo. Estoy envuelta en esta bandera que detiene todo ese odio que no se cansan de tirar hacia las diversidades. Sin embargo, cuando todo se ve más lindo y con vida es cuando tiene color. Estos colores, que pueden pasar por miles de batallas, y mano tras mano, los seguimos sosteniendo, porque nunca nos tenemos que arrepentir de quiénes somos y a dónde vamos.

Muchas de mis compañeras murieron clamando igualdad, porque nunca tuvieron miedo de soñar que sí se podía. Ese siempre fue mi miedo: poder. Desde chica, el no estuvo delante de todo: «No vas a ser feliz», «No te vas a poder dedicar a otra cosa que no sea la prostitución», «No vas a poder

estudiar», «No vas a tener salud», «No vas a lograr nada queriendo ser quien sos». No, y más no, era lo habitual.

Como mis compañeras, siempre supe que yo era trans, una mujer trans que necesitaba creer que sí se podía. No me importaron esos no y terminé mis estudios, me capacité en una profesión para salir adelante y formé a esta transgénero capaz de enfrentar la vida. Era verdad que nada resultaría fácil, que pesaría más mi género que mis capacidades. No me importó, porque solo quería ser feliz.

Los primeros logros se fueron dando. Unión Civil, Matrimonio Igualitario -al grito de *Amor es amor*- fue uno de los primeros pasos para que nuestro colectivo llegara a tener los mismos derechos.

De la Ley de Identidad de Género nunca me voy a olvidar cuando se aprobó. Al otro día, corrí al Registro Civil a cambiar mi nombre, siendo la primera trans en Ezeiza en tener su DNI.

El Cupo Laboral Trans se esperó tanto, y todavía se sigue aguardando su pleno cumplimiento. Después de la aprobación de la Ley, no dudé en intentar conseguir mi trabajo. Ahí fue cuando resonaron esos noes en mi cabeza: NO, NO, NO, NO. No había respuestas para que esta trans lo consiguiera. Entonces, después de vencer el miedo al rechazo por mi género, regresé frustrada luego de ir varias veces a diferentes partes a conseguir ese cupo y que no estuviera. Ya había bajado los brazos, pero mi amigo del alma me hizo entender que tenía que ser más fuerte y luchar por lo que quería. Fue ahí que dejé de pensar en mí y me paré en la vereda de enfrente para ver que era algo que tenía que hacer que suceda.

Ser visible y luchar por y para mis compañeras fue el camino.

Me indigna cuando escucho: «Si quieren algo, ¿por qué no trabajan?». Y no trabajamos porque no se cumple, porque ser trans molesta, porque ser trans jode. Merecemos los mismos derechos, sí, entonces, ¿por qué cuesta tanto hacer cumplir, dar cupos para que las personas trans podamos tener las mismas posibilidades de lograr un trabajo formal, de poder soñar con una vivienda, salud, educación? Que nosotras, nosotros y nosotrxs seamos parte, también, del Estado.

Estar destinada a una vida miserable, con un promedio de vida no superior a los cuarenta años, me hizo creer que moriría joven. Siempre dije: «Me voy a morir temprano», y no le tuve miedo a eso, lo que tuve fue miedo a la vejez. ¿Qué iba hacer de vieja, sola y sin nada? Hasta el día de hoy me pregunto qué me pasará, si llego a grande sin familia, sin trabajo, sin vivienda, sin jubilación, pensión o algo que me ayude a seguir adelante. ¿Qué hace una vieja sola, y más aún, trans?

Hoy, transitando Ezeiza con la bandera de la diversidad, no me siento sola y sé que muchos vamos a luchar por los mismos derechos, pero había que empezar a exteriorizar que acá estamos, las travas somos parte de Ezeiza y necesitamos ser escuchadas, valoradas y tenidas en cuenta. Basta de callarnos con promesas, necesitamos que se otorguen los derechos, porque las travas la pasamos muy mal, somos la parte del colectivo LGBTIQ+ que más sufrió y sufre, aún hoy, el maltrato de la sociedad y el abandono del poder.

Es hora de dejar escapar todos nuestros colores, porque aquí estamos y es momento de que se entienda que un género no puede limitarte. Seamos todos iguales, con nuestras

diferencias, que nos hace únicos para transitar esta vida.

Por eso ya estamos aquí, para alzar la voz. Podemos, somos capaces de mucho más que pertenecer a las sombras, dejando el disfraz que te hace reír, para demostrarte que juntos somos par, que la fuerza de unos tiene que ser la de todos. Por eso, no suelto tu mano y te pido que me acompañes en este camino, porque lo que surja de acá, será el bien para todos.

Mi lucha es la tuya; mis sueños, los tuyos

Quiero creer que hay algo más allá que nos espera para ser felices. Nunca voy a dejar de insistir. Por lo que ya es ley, por lo que ya se ha ganado dejando un sembradero de compañerxs en el camino, por lo que hace años venimos pidiendo tener.

El miedo paraliza, nos hace creer, o mejor dicho: nos hicieron creer que no merecíamos otra cosa, que lo que teníamos era suficiente. Por eso, es normal ser echado de tu casa siendo una criatura, ser expulsados de las escuelas, terminar en la noche, entre vicios y prostitución, no tener amor y saber que no hay mucho más, porque nuestro promedio de vida no supera los cuarenta años. Tenemos miedo, pero somos valientes para enfrentar y luchar por lo que somos.

Nos duele el alma mirar hacia atrás y ver a todos aquellos y aquellas que murieron en la oscuridad, llevando en sí la luminosidad de nuestro orgullo. El pasado nos hiere, nos lastima tan profundo que más fuerza nos tiene que dar para cambiarlo. Hoy, aquí, es hora de que estos colores, que siempre buscaron apagar, brillen con más fuerza. El ímpetu de nuestros corazones

será el motor que nos impulse para que las nuevas generaciones puedan soñar con un mañana de inclusión e igualdad legítimo.

Por eso, te quiero aquí...

FICCIÓN
EN CLAVE
DE GÉNERO

Cotorras

Eliana Marina Bertinotti

ELIANA MARINA BERTINOTTI

A Eliana le gusta lo simple, porque su cabeza es un quilombo. No es buena analizando los verdaderos sentimientos e intenciones de la gente. No soporta el aburrimiento. Es adicta al mate y le encanta caminar. Además, trabaja como empleada en una logística, un rubro donde todo es en Inglés. Estudió Comercio Internacional en la Universidad de La Matanza. Y, aunque viajaba dos horas por día al oeste, ella es del sur. Nacida, criada y habiendo vivido prácticamente toda su vida en una ciudad chiquita. Podría decirse que tan bajita como ella. Fue al colegio a una cuadra de la estación de Luis Guillón. Actualmente, alquila en Capital, para viajar menos, aunque casi todos los fines de semana vuelve a donde quedó su dirección. O un poco más cerca, donde quedó la otra mitad de su familia, en Florencio Varela. Pero no todo es trabajo, también cursa un taller de Escritura Dramática y le tomó el gusto al teatro. Escribir es su refugio y compañía.

ÁNGELES DE GERÓNIMO

@ansh0_

Ángeles nació en Balcarce, provincia de Buenos Aires. Es Diseñadora en Comunicación Visual graduada en la Facultad de Artes de la UNLP. Le gusta ilustrar elementos que remitan a lo fantástico, oscuro, a veces visceral. Otras veces romántico y tierno. Juega con la mezcla de ornamentos victorianos o medievales, con algunos elementos más disruptivos. Es la diseñadora gráfica editorial de la revista de ramos generales "El Almacén".



Cotorras

Los sauces lloran en la esquina, donde para el colectivo. Buscando la cuarta hoja al trébol, ensucio el guardapolvo con tierra seca. El calor del sol en la nuca. Levanto la cabeza para ver si viene, pero únicamente el gris del pavimento se asoma bajo los pétalos de jacarandá. Una lluvia violeta que cada tanto levanta el viento. Y entre horneros y gorriones, se asoma majestuoso un reflejo verde. Me paro, sorprendida, por el canto que más bien parece un chillido. Estirando sus alas, ocultando entre su plumaje su pico anaranjado, se acicala, excéntrica y tropical, mirando a las palomas con recelo, una cotorra. La observo inmóvil, por miedo a espantarla. Sin saber que muy poco puedo hacer yo para inmutarla. Con una presencia más bien onírica, parece desencajar de la planicie que mi barrio perpetúa al sur del conurbano; un cinturón más holgado, despejado, casi cayéndose del centro abrumador. Un mundo de casas bajas y pasto en las veredas. Con calles aún sin asfaltar. Donde no es raro aún ver caballos, perros que andan sueltos, y donde

los gatos batallan imperios sin paredes. Es común escuchar gallos marcar las horas y, de tanto en tanto, el viento en alguna veleta. En ese universo de horario cortado por la siesta, un pájaro, que poco conoce el silencio, parece surgir de entre las ramas como en un cuento fantástico. Desencajado de la realidad que lo enmarca. Aun cuando subo al colectivo y dejo caer la última moneda en la máquina, giro y la veo ahí, del otro lado de la ventanilla y en la misma copa, quieta. Chillando, sola, mirando el suelo. Buscando, quizás, el mismo trébol que yo.

Bajo en la esquina y me acuerdo, al ver el kiosco y como no podría ser de otra forma, del mapa. Entro rápido, calculando los minutos que tengo antes de que cierren la puerta del colegio. Me pongo en la fila y, delante mío, un chico me deja pasar. Me sorprende, le digo que no hace falta. «Las nenas primero», me sonrío. Y la empleada le festeja el gesto, me incita a que le agradezca. Me miran ambos, expectantes. No comprendo. Compró, agradezco finalmente y salgo. Sigo aturdida y pienso que quizás será obra de algún adulto.

Una norma que todavía se me hace muy ajena, que ese chico y la kiosquera tienen incorporada, y yo me siento una piedra de otro arroyo. De uno que, por el momento, parece ficticio. En el que nunca vi a nadie y me pregunto si seré la única. Me acuerdo de la cotorra. Erguida y alta, entre las hojas. Acelero el paso. Por debajo de las mangas blancas se escapan algunas plumas. Las escondo, rápidamente, antes de entrar al aula. Me acomodo los botones. No sea cosa que tanto verde resalte con la tiza. Entro rápido y me siento, mientras la maestra anota la fecha, junto a mi amiga. Me da un beso, saco el cuaderno y me acomodo, perfectamente invisible entre el barullo de la clase.

Tal como lo hice muchas veces. Como toda una desplumada.

Cuando suena la campana, salimos corriendo. Aunque nos griten que no lo hagamos, ya estamos saltando en el patio. En esta lucha, las maestras llegan siempre un minuto tarde. Que, para nosotros, ya es campo ganado. En ese tiempo, ya nos acomodamos el elástico o empezamos a raspar la sogá contra el suelo, que en cuestión de segundos toma velocidad hasta casi perderse de vista. Mis amigas esperan en la rayuela, mientras, yo debo primero completar la transacción del día. Ya habrá un segundo recreo para jugar. Saco del bolsillo el mazo de figuritas y observo, amplia como desde el mástil de un barco, la longitud del espacio entre las aulas. Los grupos se acomodan naturalmente como islas en un archipiélago. Encuentro a alguien con un mazo similar al mío, pero bastante más grande. Está entre un grupo de chicos, conversando sobre las habilidades de cada personaje. Le pregunto si tiene las que me faltan. Tengo los números prolijamente anotados en un papel, pero aun así los recito, de memoria. No son tantas como para no acordarme. Él me mira. Me dice que sí, y me entusiasmo. Le pregunto cuántas, menciona dos, y la felicidad parece invadirme con la misma impaciencia que mis ganas de pegarlas en el álbum, cuando llegue a mi casa. Le saco la gomita a las mías, para mostrarle si alguna de las que tengo le faltan. Me dice que ya llenó el suyo, que va por el segundo. Estiro el brazo, con insistencia. Él, en cambio, no las agarra. Sigue con la vista fija en mí, como si me sobrevolara un moscardón. Explica, sin titubear, que no le cambia a nenas. Perpleja, me molesto, le pregunto por qué. Sé que no es común este intercambio en el mundo de lo femenino. Que, generalmente, hay otro mer-

cado de figuritas en el rubro, más adecuado para chicas, más rosado. Pero en mi caso es diferente. Y, aunque es verdad que la mayoría de los que cambian son varones, nunca había tenido una confrontación así. Quizás, pienso, este chico tiene una franqueza más helada que los demás. Pero no por eso es distinta. Lo intento, discuto, pero esta batalla la pierdo. Se va con los amigos y yo quedo parada, viendo la espalda blanca yéndose por el pasillo. Y después de la nieve viene el calor, que me sube por la garganta hasta la frente, pintando de fuego toda mi cara. Guardo las figuritas, sin siquiera acomodarlas. Desprolijas. Camino lento hacia el aula, pero paso antes por el baño y me mojo las plumas. El brillo es cada vez más evidente bajo el guardapolvo y poco quiero ocultarlo. Cuento hasta diez. No es buena idea chillar ahora. Me pueden retar, me puede salir todo al revés. Últimamente, todo parece estar así, colgado boca abajo. Como un murciélago o una crisálida. Y como esta última, me apego al disimulo. Es lo mejor. Acurrucada bien adentro, hecha una bolita. Hay mucho cazador metido en la escuela como para andar volando alrededor del mástil.

La metamorfosis es compleja hasta que aprendés a disimularla. Empecé a pegarme las plumas con boligoma. Bien apretadas, no sea cosa que pierda una por el cuello de la remera. Mientras me ato el pelo, en la vereda, veo a un chico llorar. Desconsolado, estirando el pantalón de la madre como si fuera un toallón. Secándose las lágrimas. Ella lo ignora, y sigue esperando que la atiendan en la fiambrería. Él insiste, llama la atención de los que pasan. Ella se cansa y lo agarra fuerte del codo. Le insinúa, grave, que los varones no lloran. Y que tampoco pueden tener el pelo largo, el colegio lo prohíbe.

Que cuando sea grande, alega, va a poder hacerse el corte de pelo que quiera. El chico no se convence. Que en unos años capaz ya no se usa, refuta. Que lo quiere ahora. Que el torito Cavenaghi, que el pájaro Caniggia. Todos animales, pienso. No, futbolistas, responde él, como si me estuviera escuchando. Como si la fibra del pelo fueran cables y conectaran directo a mi cerebro. Aparentemente, la madre dice lo que yo pienso. Parece un zoológico entre deportistas y peluqueros, entre modas y discusiones. Y extrañamente la entiendo. Pero algo me pica, como gallina entre la basura. Como si debiera molestarme. Siento como el calor afloja las plumas, y de a una empiezan a caer por la botamanga del pantalón. Corro para que no me vean, me escondo detrás de un árbol. Me entran ganas de subirlo y aletear descontrolada, mirando todo como desde arriba de una jaula. A ver si me ve, y decide subir. Como el animal que él quiera. Pero, en cambio, sólo observo al chico y a su madre que se van. Él ya más silencioso, ella queriendo desviar el tema. Al día siguiente seguro aparezca humanizado. Podado su instinto por detrás de su oreja.

Cada vez me cuesta más disimular el verde debajo de mi ropa. Pruebo pintarlas con ténpera, pero las hace aún más evidentes. Sola, frente al espejo del baño, me enfrento a una realidad. Voy a tener que cortarlas. De noche, mientras todos duermen, agarro la tijera y de a poco me desplumo. De a una, de a varias. Me siento descubierta, frágil, por voluntad propia me arranqué el escudo. Soy un caballero desnudo con una espada desafilada. Parado, solo, en el medio de un campo vacío. Sin nada además de las estrellas. El viento me obliga a arrojarme, con miedo. Me arrepiento, pero ya es tarde. Quizás

mañana todo se sienta más cálido. Mejor me tapo bien con la frazada para entrar en calor. Quiero chillar, pero me contengo. De a poco se me van las ganas de picotear. Estoy acurrucada, en silencio, en el frío que aún queda en la cama. Sé que voy a estar así mucho tiempo. Espero acostumbrarme, poder salir. Recuperarme de esta enfermedad aviaria. Pero, lamentablemente, los días pasan y me doy cuenta de que no hay cura y lloro. Nunca voy a ser parte de esa manada a la que siento que ya no pertenezco. En cuestión de días vuelven a crecer y ya entiendo que no hay marcha atrás. Me levanto y voy directo al comedor. Mi familia me mira, no entiende mucho. Hasta que me ven de cerca. Mi madre deja caer una bandeja, desparramando galletitas por el suelo. Mi abuela casi se quema con la pava caliente. Mi padre sigue pasmado, observando el vaivén de mis plumas con la brisa que entra por la ventana abierta. Este silencio compartido fue lo último que nos perteneció a todos. A partir de ahora, voy a estar sola. Me entristece, pero no esperaba algo diferente. Ya lo había entendido. Quizás, algún día conozca a otras como yo, pienso. Me aferro al anhelo. Es lo que tengo, lo que me queda. Me siento a desayunar y miro el parque, donde juega mi perro con algunas palomas, que sobrevuelan asustadas. Sobre el naranjo, en cambio, una cotorra me mira. Tiene ojos negros y un chillido que, más bien, parece una canción.

La libertad

Roxana D'Auro

ROXANA D'AURO

Roxana D'Auro nació en Buenos Aires en 1964. Luego de vivir durante treinta años en CABA, se mudó a la ciudad de La Plata donde vive actualmente. Es docente de escuelas públicas secundarias y dicta un taller literario de lectura y escritura para adultos, hace diez años. Además es productora y conductora de un programa radial dedicado a la literatura infantil y juvenil; un ciclo que lleva seis años y se emite en una radio comunitaria platense. Asistió durante cinco años al taller de edición de textos de la escritora Liliana Heker, a quien considera su maestra. Tiene algunos cuentos que forman parte de antologías y publicó de forma autogestionada una *nouvelle* de ciencia ficción juvenil, y un libro álbum infantil.

CARLA MONETA

@c.a.r.l.a_moneta

Nació en la ciudad de La Plata. Desde pequeña pasaba sus tardes en la bici entre la escuela y el taller de cerámica. Estudió la licenciatura y el profesorado de Artes Plásticas, en la UNLP. Se especializó luego en ilustración, para poder contar historias pequeñas, grandes y animadas. Los fines de semana aún le gusta subirse a la bici, dibujar e inventar cuentos con sus hijos. Piensa que las ideas viven en los lugares cotidianos.



La libertad

—Si una no hace las cosas, las cosas no se hacen solas— dice mamá.

Recién terminamos de cenar. Papá la mira mientras ella levanta la mesa. Él todavía está masticando el último pedazo de carne y ella le sirve el café y le pone el cenicero al lado de la taza. Papá empieza a mirar el noticiero y al rato cabecea, como todas las noches. Se levanta medio dormido y sin saludar se va a acostar. Mamá me va a decir que me tengo que ir a lavar los dientes y a la cama. Yo ya sé lo que va a hacer después, se va a meter en la cocina. A veces, si me levanto a mitad de la noche para ir al baño, la veo planchando; otras veces, la puerta de la cocina está cerrada con llave, lo sé porque un día quise entrar y no pude. Seguro que se queda preparando todo para la mañana siguiente, porque cuando nos levantamos, la camisa de papá y mi guardapolvo están colgados de una percha, los zapatos lustrados y el desayuno listo. Yo quiero quedarme una noche con ella, pero mamá nunca me deja.

—La cocina es un lugar peligroso para los chicos- dice. Hoy, mientras cenamos, veo la bolsa con la lana nueva que compró, colgando de una silla. Sé que se va a poner a tejer.

—¿Te puedo ayudar a hacer los ovillos de lana? No te voy a molestar- prometo.

—Bueno— dice de mala gana, y frunce la cara.

Como no me parece muy decidida, me apuro y me siento con los brazos estirados. Mamá me mira y prende la radio bajita, se sienta en una silla enfrente y me acomoda la madeja de lana alrededor de las manos. Empieza a hacer los ovillos. Me duelen un poco los brazos, pero no me quejo. Después de un rato, cuando termina, quedan sobre la mesada unos ovillos grandotes como pelotas. Ahora sí —dice— y sale al patio. Entra de nuevo a la cocina. Trae la jaula del canario. Está tapada por una tela. La apoya sobre la mesa.

—Cerremos todo.

Cierro la puerta mientras ella traba por dentro las persianas de madera.

—Con llave— me dice.

Agarra un palo y empuja la banderola que está en lo más alto de la cocina, por donde salen el vapor y el humo. Cuando destapa la jaula, nuestro canario, que estaba durmiendo, empieza a saltar nervioso de un lado para otro. Mamá saca el gancho de la puertita y la abre del todo.

—¿Qué estamos haciendo, mamá?

—Vamos a soltarlo. Todas las noches da un paseo.

El canario se agarra al fondo de la jaula. Mamá se agacha y lo mira. Volá, le dice.

—¿Da un paseo?

Mamá no me contesta. ¿Ahora no querés?, le pregunta al canario, se arremanga el pullover y mete la mano en la jaula. El canario se vuelve loco. La jaula es chica y la mano de mamá adentro parece monstruosa.

—¡Dejalo!— le digo, pero mamá abre la mano y lo agarra rápido. Vuelan unas plumitas.

—¡Despacio, mamá!— grito.

Saca la mano de adentro de la jaula con el puño cerrado. El canario asoma la cabeza por arriba, las patitas y la cola por abajo.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo vamos a ver volar.

Abre la mano y el canario sale volando. No vuela como los pájaros que veo en la plaza, sacude las alas a lo loco y parece que tuviera que hacer mucha fuerza para mantenerse en el aire. Pienso que se va a caer, pero llega hasta la alacena y se para ahí arriba.

—Mierda- dice mamá.

El canario nos mira, tiene el pico entreabierto.

—Parece que no quiere volar más.

—¿Cómo no va a querer volar? Si eso es lo que hacen los pájaros, ¡volar!, una vez que tiene la oportunidad de volar, tiene que volar.

Con el mismo palo que usó para cerrar la banderola, empieza a golpear la alacena y el canario camina hasta la otra punta. Mamá golpea tan fuerte que el canario sale a volar de nuevo. Mamá sonrío. La gente saca a pasear a sus perros, yo

saco a volar nuestro canario, dice. Pero el canario vuela hacia la banderola y se estrella la cabeza contra el vidrio. Rebota y trata de aletear. Parece una polilla tonta por la luz y cae sobre la mesa. Yo pego un grito. Mamá lo agarra con cuidado.

—¿Está lastimado?

Mamá lo acuesta boca arriba en la palma de su mano. Sentile el corazón, me dice. Yo le apoyo el dedo en el pecho; si lo hundiera apenas, lo podría atravesar, el canario es como un bollo de papel. Mamá lo guarda de nuevo en su jaula. El canario no salta a la barra, se queda en el piso. Mamá lo mira con cara de enojada.

—¿Qué le pasó?

—Está cansado. Muy cansado— dice mientras cierra la jaula y le pone el trapo encima.

Argentina es el país en el cual las tareas domésticas y de cuidado están invisibilizadas y desvalorizadas. El 92% de las mujeres realiza este trabajo no remunerado dedicando un promedio de 6,4 horas por día. Fuente: Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC)

La vieja venganza

Corina Raquel Alanís

CORINA RAQUEL ALANÍS

Corina Raquel Alanís nació en el año 1992 en Daireaux, provincia de Buenos Aires. Vivió su infancia y su adolescencia en el campo, y migró a la ciudad para comenzar sus estudios. Estudia Psicología y escribe, como hobby; también actúa en un grupo de teatro comunitario. Cree que las mujeres rurales merecen visibilidad y que requieren de proyectos en los que puedan encontrarse y desear otras realidades, esencialmente libres de violencias.

CANDELA SAIBENE

@accioncolmena

Candela es de La Plata. Hace más de cinco años creó "Acción Colmena" como una excusa gráfica/plástica/editorial bajo el lema de autoeditarse.

Es fan de los fanzines, de los errores gráficos, las impresoras y de dibujar a cualquier hora. Su trabajo está en @accioncolmena



La vieja venganza

Con la vista en la inmensidad
nació llana como el pastizal.
Sin avivar pasiones, por indeseada,
sepultó los dolores familiares
renació entre tradiciones incordiosas.
No pudo escapar del destino
marcado por las cenizas viejas
pasadas por agua y barro del patio de atrás.

Cruel grito de dolor de su madre
también de su abuela,
grito ensordecedor de silencio
servil a los hombres.
El dolor de tetas al dar de mamar
tetas partidas de vivir
manos curtidas de no dar
miedo cotidiano del porvenir,

fue lo más sano a su alrededor.
Partícipe de caricias truncas
sin amalgamar
esfuerzo por respirar.

Su vida campesina encendida
la mujer llanura, mujer de campo
cuando creció por fin pensó
en la libertad de la inmensidad.
La rodeaba el todo, pero no podía alcanzarlo.
La duda la acabó
no saber si abrir la tranquera.
Fue troncal la decisión.
Pesada noción que
entre dos caminos desparejos
dio lugar al adiós.

En su adolescencia sangró
pero antes ya lo había hecho.
La amargura del trabajo bravo
le ardió
y fue pa' siempre pena
de alguna triste canción.
Tranco sereno... largo,
de mucho pensar
equivocarse sin opción
por ese malestar
porque nació mujer del campo
en medio de una interna ciudad.

El caos hizo presencia
notó del pájaro el cantar
y se asentó en algún tronco
hizo a un caballo galopar.
Desató nudos en alambres
corrió ovejas para arrear
con sus manos curtidas,
sólo pensó en la libertad.

Saltó de la cama temprano
renegó de su vida destartalada.
Alguna vez la vieron sonreír,
pero eso no destronó su pesar.

Los sentimientos fueron guardados,
no en cajas de cristal.
Los ató junto a las bolsas de arpillera
los cosió a lo bruto para olvidar.
Los sembró en un galpón
los tapó con tierra negra
los humedeció con palabras
los terminó de regar con sal.
Eran sus lágrimas huecas
de tanto forzar y forzar.

Vieja negra tetona,
curtida piel reseca
miró al cielo como tantas veces
vio que se formaron tormentas

y sus ojos se abrieron
olor a tierra mojada
la lluvia traía lo suyo.

La vieja pensó:
Quiero dejar de ser flor,
prefiero ser un yuyo.
Acostumbrada a todo
a nacer donde quisiera
a no necesitar,
a dejar de lado la debilidad.
Mejor tener espinas
no quiero ser jardín
quiero ser un campo inmenso
sin dueños, ni patrones ni varones.
Quiero ser el campo que recorro en mi yegua
ser una vieja matrera
dejar de amamantar penurias
rajar los corazones de quienes me apedrean,
con palabras y golpes
regar lo que yo quiero que nazca
acuchillar a los que me quitaron la libertad.
Quiero corcovear el paisaje que siento
porque es más pesado que verlo
no tener noción del tiempo
sentir que nací de nuevo.
No puedo explicar lo que siento
cuando respiro naturaleza
porque con eterna proeza

y verso de libro
me han contaminado toda mi cucha.
Con traición envenenaron todo mi suelo
con pasión destruyeron todo mi esmero.
Mi amor quedó despojado
porque soy mujer rural
porque no tengo caudal en el dar
porque me acostumbré a lo que no quiero
y en cuanto venga la tormenta
lo único que puedo hacer
es una cruz de sal.
La joroba que llevo en la espalda
es de soportar varios años
con hijos o con marido, sola da lo mismo
cuando nadie te pregunta
y el trajinar te hace compañía
no se duda ante lo conocido
se desea un porvenir
pero vale ese sufrir
que me arruga despacio el cuero.
No quise ser mujer de costumbres
no quiero ese lugar tramposo,
me asusta pensar
que vivo en un laberinto.
Me desconcierta ver en el horizonte
toda la mierda que se le junta a los ricos
me bloquea el descontento
si pienso en la peonada
pues yo nací en manada

si yo no fuera mujer
entonces no sería nada.
Mis pies van en esa dirección
hacia la tranquera cerrada
se pinta una alborada romántica
y se enciende el lucero profundo.
Yo sólo veo oscuro el fuego
que enciende una hoguera
porque me crié sola y provinciana
porque de la costumbre me hice de mala gana.
¡Y este es el cielo que quiero
el sí que sabe lo que deseo!
Solamente él me aloja
cuando la ruralidad me pudre
y mi cuerpo no se descubre
sin prejuicios ni malicias
hiervo mugre en la olla
y me como lo que no sirve.
Porque siempre debo callar
porque no puedo alejarme de mi casa,
porque dejé de ser nido
cuando me sentí presa en absoluta libertad.
No conozco de mi gozar
por vivir precaria,
mi rancho es mi extensión humana
y allí sigue mi cavilar.
Quedarme en el campo
ha sido mi elección
porque no conozco otros destinos

porque color tierra es mi piel
y aunque a muchos cause rechazo
es el color que amo.

Mis ojeras caídas
también mis esperanzas
y ahora, con hijos,
será más difícil la tarea.

Negra, paisana, obrera,
peón de campo dirán,
me llamarán por mi apellido
porque mi nombre
es imposible de mencionar.
Seré llamada La Mansilla,
y viviré a cuestras con mi humildad».

Vieja sin sonrisa
su cuerpo termina por estar muerto
y el pensamiento divaga
piensa en la yegua libre
y le agarra la rabia.
Le curan el empacho
las curanderas
pero todas bien saben
que en el estómago
lo que pesa no es comida,
son las penas traicioneras
y el tiento que la golpea.

Viene el viejo borracho
en el carro ruidoso
se acerca y se mete adentro
pero el vino se huele desde lejos.
Ella prepara una masa pegajosa
que con la textura tapa el miedo
lo aprieta, lo mastica crudo.

No quiere escuchar de nuevo
los mandamientos del borracho
hoy se levantó poderosa
y va dejando el miedo en la masa,
amasando con bronca.

No es cuestión de medirse
con el viejo hijo de puta
pero sus hijas se fueron
y se siente sola.

El borracho enojado
le abre el cajón de recuerdos
saca unas fotos viejas
y se las prende fuego.
Parece que le quemó el alma
a la vieja que lo maldijo por dentro.

Tiene guardada la cuchilla
que le dejó la Porota
«Martita querida, por las dudas».

Cuando no aguanta más
la lonja dura del rebenque en el lomo
mira hacia una cruz
que tiene arriba de la ventana del rancho
y pide perdón
como si su culpa fuera a detenerla.
Más no se detiene
y se concentra hasta sentir
la sangre del viejo borracho.
El llanto la desconsuela
la vieja termina la violencia
termina en violencia
y hacia sus adentros se pregunta
¿por qué la venganza es tan fiera?

Manos frías con agua de la bomba
helada tarde cae en el rancho.
Los perros rodean las paredes
se asoman como haciendo ritual.
Por fin puede escaparse
la vieja rota, condenada
ojalá consuele su alma
el rocío fresco del atardecer.

Viejita con sufrimiento
renegada cada tanto
vieja dura del viento
mujer de otros tiempos
con tus costuras

espero donde estés
como lo hiciste con tus polleras
puedas remendarte.

Es ficcional la última parte
porque al borracho no lo mataste
y te fuiste sin poder vivir en paz
viejita negra, del ranchito
blanco pintado de cal.
Te homenajeo con palabras
perdón por no poder ayudarte.
Tus nietas somos conscientes
de tu terrible dolor
por eso con palabras escritas
desparramo tu corta historia
y levanto la lucha por cada mujer rural
que, aún alejada de muchas,
hacen nido para encontrarse
brujerías para crear.

Las mujeres de la resistencia

Natalia Camila Gramajo Graña

NATALIA CAMILA GRAMAJO GRAÑA

Camila Gramajo nació en Mercedes, Uruguay, en 1986. A los 20 años migró a Buenos Aires. En el año 2012, comenzó la licenciatura en Periodismo en la Universidad Nacional de Avellaneda y se graduó en 2017. Trabajó en el área de investigación, análisis y monitoreo de la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual hasta el 2019, cuando nuevamente migró a México luego de recibir una beca para realizar la Maestría en Comunicación en la UNAM. En 2022 regresó a Avellaneda con su pareja a continuar con sus estudios de posgrado en la UNDAV. Camila se ha especializado en los estudios del envejecimiento, la vejez y el género. Es periodista migrante, es mamá de Ainhoa y le gusta escribir historias.

LARA PEDETTA

@layra7_

Nació en 2001, es Técnica en Diseño y Comunicación Publicitaria, estudió en las Escuelas Técnicas Raggio; actualmente se forma como Licenciada en Artes Visuales en la UNA Realizó talleres de Formación Profesional en Muralismo y Serigrafía en el CFP de Vicente López. Integrante del colectivo de dibujantxs transfeministas Línea Peluda; con el cual participa en muestras, gestiona talleres y encuentros artísticos en las calles y centros culturales nacionales e internacionales. Trabaja como ilustradora, combinando técnicas digitales y tradicionales para crear mundos de fantasía cargados de ternura, sensibilidad, naturaleza y diversidad.



@LAYRAZ

Las mujeres de la resistencia

El barrio

A las ocho de la mañana la neblina le da un tinte siniestro a las calles apenas pavimentadas, cubiertas por espejos color esmeralda que las barrenderas rompen a cada paso, sosteniendo la maldición durante siete, catorce, veintiún años de miseria acumulada y a largo plazo.

Los perros flacos, sarnosos, cachorros y viejos dan sus primeros pasos. Estiran las patas traseras, luego las delanteras, sacuden el esqueleto, se huelen, corren, toman agua estancada, y salen al ladrido de las mujeres que viajan empujando carritos, niños y niñas.

Los guardapolvos verdes con papelitos de colores en sus bolsillos uniforman la pobreza que va apenas despertando, bostezando, enojada, peinada para el costado o de raya al medio.

Camino al jardín, Ana mira tímidamente el cerco de puestos montado en las ventanas del barrio Cristóbal Colón. Lo poco que tienen, las vecinas y vecinos lo invierten en

ropa, juguetes, productos de limpieza o harina. Ya son tantos que se chocan entre ellos. No hay demanda para tanta oferta, así sean prepizzas, pan casero o ropa usada. Nadie golpea esas vidrieras improvisadas.

Ana se detiene en una casa, deja un par de bolsas, balbucea algo inentendible y promete regresar pronto. Camina dos cuadras más, toca el timbre del jardín, saluda, entra y deja a Jazmín en la salita de tres y a Leonel en la de cinco. Su andar es automático; día a día, esa rutina se repite desde hace tres años, cuando su hijo se marchó.

Ana

Por un momento, creyó verlo. Un hombre flaco, cansado, con campera negra de cuero y gorro de lana. No era, nunca era. Ya no recordaba la última vez que lo había visto. Sin aviso, ni despedida, se fue al trabajo y no volvió.

En la parrilla donde trabajaba, le dijeron que lo habían despedido hacía un tiempo.

—No puede ser, si vino ayer.

—No, señora, acá no labura hace más de un mes- le dijo el encargado, que la echó con la mirada.

Un chico de limpieza corrió tras ella con la escoba en su mano, simuló barrer la vereda sucia y le contó que la última vez que vieron a su hijo, se pasó con la bebida mientras estaba trabajando.

—Siempre se tomaba alguna cosita, vio, lo que queda en las copas que traen los mozos. Pero bueno, se fue de mam-

bo. Se dieron cuenta los encargados y lo rajaron al toque. Buena onda su hijo, pero le entraba lindo... Tal vez el Omar sepa algo, le paso su celular. Mándele guasap, a ver qué le dice. Por ahí se fueron de gira, como tiene franco los miércoles...

Ana se fue agradecida. Le extrañaba que su hijo no le hubiera comentado nada. Siempre habían sido muy cercanos. Es cierto que, desde la muerte de Andrea, él había cambiado mucho. Casi no quería estar en la casa ni ver a Jazmín y Leonel. Tomaba más de lo habitual y se perdía varios días a la semana. Todo aquello era entendible, había quedado viudo a sus 29 años. Por eso, ella se había mudado con él.

A días de aquel entierro, que estuvo a la altura del tamaño de la desgracia, dejó a Zulma, su compañera, en la casa que habían alquilado juntas.

—Es solo por unos días, gorda. Hasta que todo se acomode.

Pero los días pasaron y nada se acomodaba. Con el tiempo, también Zulma se marchó. Ana sufrió su partida. Poco después fue lo de su hijo y la rutina actuó como bálsamo para tanta dolencia.

Jazmín y Leonel crecían bien, aunque la plata no alcanzaba. Ana no tenía derecho a cobrar la Asignación Universal por Hijo porque no se habían hecho los trámites necesarios. El papá sí la cobraba. Ana desconocía lo que debía hacer para reclamar el dinero y no tenía tiempo ni ganas de meterse en aquel embrollo burocrático. Apenas si llegaba a repartir los pedidos de comida que vendía en el barrio.

Dos veces por semana, al alba, salía para el mercado agrícola de Avellaneda a buscar lo necesario para la cocina diaria. Mirtha, la vecina, cuidaba a sus nietos. A las ocho en

punto estaban listos para salir. Los dejaba en el jardín, volvía y se ponía a preparar la vianda de ese día. Por más crisis que hubiera, la comida se vendía. Menos, pero alcanzaba. De vez en cuando le escribía a Zulma, pero las respuestas eran escuetas, monosílabos que iban del «sí» al «bien», «hola» y «chau».

En el último mensaje, Ana le contó que la municipalidad había organizado una charla en el jardín para las madres que no cobraban la Asignación Universal por Hijo por distintas razones. Ella iba a ir. A ver si le solucionaban el problema.

—Esa plata es de los chicos- le escribió-. Por más que Miguel se enoje, les corresponde.

La reunión fue en el patio del jardín. Concurrieron varias madres. Eran unas cuantas las que no podían cobrar. Algunas con el mismo problema de Ana, lo cobraba el padre y ellas no veían nada de ese dinero. La charla fue organizada por personal de la Anses, unas chicas de la Universidad Popular, una abogada y trabajadoras del área de género y de niñez de la municipalidad. Le prometieron darle inicio a su reclamo.

Había varios trámites por delante, pero no tenía de qué preocuparse. A pesar de la poca fe de Ana en la palabra de las jóvenes, el trámite fue saliendo. Al cabo de cuatro meses, estaba cobrando la AUH. Cada tanto, iba al comedor que tenía la organización a la que pertenecían las pibas a dar una mano. Ya no necesitaba trabajar los fines de semana, así que los dedicaba a juntarse con las mujeres del barrio y preparar el almuerzo de treinta o cuarenta chicos.

Dos meses de cobrar bastaron para que el hombre flaco de campera negra que imaginaba a diario dejara de ser un espejismo.

—¡Miguel!— gritó sonriente, enojada con la imagen difusa de tanta lágrima.

Lo abrazó. Qué más iba a hacer, treinta horas de trabajo de parto. Lo que había amado a ese niño. Hoy un cuerpo cansado, abrumado, de cara huesuda y ojos hundidos, casi sin esperanza. Nada brillaba en esa mirada. Todo era oscuridad y reclamo. Reclamo a la vida, a ese barrio, a su madre, a Andrea, que se había dejado consumir por el cáncer.

Ni siquiera preguntó por Jazmín y Leonel. Cuando su madre recogió con sus pequeños brazos la bolsa de huesos que sostenía la piel de lo que fuera su hijo, él la apartó.

—¿Dónde estabas? ¿Qué te pasó? Los chicos...

—Los chicos ¿qué? ¿Así que me diste una mano con los pibes para quedarte con la plata?

Ana no entendía.

—Un boga me venís a poner, a mí. Hija de puta.

—No, Miguel, esa plata es de los chicos. La necesitábamos para comer.

—¿Qué para comer? Si ya me dijeron que andás metida con las pelotudas de la muni. ¿Dónde están los pibes? Me los voy a llevar. Dámelos.

Ana no comprendía. Jamás su hijo le había hablado de esa forma. Sintió miedo, en el temblequeo dejó caer su carrito con las compras del día. Las naranjas rodaron hasta el cordón de la vereda. Las siguieron un par de manzanas y limones. La guirnalda de sabores quedó a disposición de perros, pájaros y personas. De un brazo la entró a la casa. Jazmín y Leonel no estaban. Su padre ni siquiera recordaba el horario del jardín. Con el habla entrecortada, ella se lo recordó.

La sentó en una silla de un empujón. Cerró la puerta y las ventanas. Aquella sombra tampoco era su hijo, se parecía, sí, pero nada quedaba del niño que había criado. En eso pensaba mientras Miguel abría otra botella de cerveza.

Cuando llegó la hora de ir al jardín, salió y la dejó encerrada.

Ana aprovechó para escribirle a Zulma; también a las compañeras del comedor: «Miguel volvió. Tengo miedo. Se los quiere llevar. Ayúdenme. No me escriban», y borró los mensajes.

El jardín quedaba a dos cuadras. No hubo mucho tiempo para planear una fuga. El hijo regresó solo. Golpeando la puerta entró y la sacó de los pelos.

—Andá a buscarlos vos. No me los quieren dar estas conchudas. Ana salió.

—Pera, pera que te acompaño.

En el jardín, las señas notaron el horror, pero no podían retenerlos más. Decidieron que era mejor entregarlos y llamar a la policía.

La patrulla llegó media hora después y se dirigió a la casa. Tomaron declaración. Todo bien. No hay problema. Gracias, oficial. Ya sabe cómo son, unas exageradas.

Ana se quedó en silencio. No se atrevía a decir palabra.

Zulma

Miró el celular con un movimiento involuntario por quinta vez en menos de una hora.

Se cebó un mate y arrojó el aparato suavemente en la pequeña mesa de plástico blanca en el patio de su nueva casa, un pequeño ranchito en las afueras de Gualeguaychú, camino

a Buenos Aires. Hacía dos años se había ido a casa de su hijo Juan, el menor.

Ya jubilada de ama de casa, aprovechó esa entrada de dinero extra, dejó algunas de sus changas diarias y se dedicó a pasar tiempo con sus nietas. Durante mucho tiempo, Juan no había permitido que las conociera. A diferencia de Ana, ella había salido del clóset hacía dieciocho años, cuando le confesó a su exmarido que estaba enamorada de su vecina, una joven diez años menor que le despertó viejos hábitos de su adolescencia.

Natalia era el nombre de su desgracia. A pesar de disfrutar del toqueteo, las caricias torpes y los besos inexpertos de ambas, un día dejó de hablarle y su indiferencia trajo las burlas.

A la fuerza, Zulma aprendió que sus gustos estaban desviados. Intentaron corregirla a varillazos. Todavía quedan algunas marcas de esa medicina momentánea que dejó de hacer efecto tiempo después. Ni diosito ni la virgen la ayudaron. Se refugió en la soledad que le otorgaba la anormalidad e intentó camuflarse, pasar desapercibida; se consiguió un novio, peón de campo, buen muchacho, trabajador, que no conocía ese despertar lesbiano tan prontamente censurado. Se casó y tuvo a Juan y Paula.

Veinte años vivieron en la mentira hasta que a su marido lo echaron de la estancia y volvieron al pueblo. Allí conoció a Claudia, vivía justo al lado de la casa que alquilaron. Atrás quedaron las promesas de su madre a la Virgen de Luján por haberle curado a la nena. Los golpes volvieron, al ser descubiertas las miradas cómplices de las dos mujeres.

Poco quedaba de esa niña asustadiza. Tomó los cacharros que tenía, los puso en un viejo bolso, besó a Paula y Juan en la frente, les pidió perdón, no necesitaban una madre como esa, y golpeó la puerta de Claudia. En la madrugada caminaron varios kilómetros y se tomaron el primer camión que las quiso llevar a Buenos Aires. Mintieron, claro, somos hermanas, vamos a probar suerte, aguantaron algún comentario del chofer de turno, prometieron llamar en algún momento y bajaron llegando a Pilar. Años más tarde, conocería a Ana.

Poco sabía de la familia que había dejado avergonzada en Areco, hasta que una de sus nietas, la hija de Juan, le escribió a su Facebook. Quería conocer a su abuela. Vivía con su padre en Entre Ríos y la esperaban.

Eran las cinco de la tarde, el mate ya estaba frío, pero había que aprovechar el último solcito del día. Ana era el remitente de ese mensaje que miró indiferente. Volvió al mensaje como enojada con ella misma.

—¿Qué quiere ahora?- pensó.

Dejó el celular abruptamente. Se paró sin saber a dónde correr. ¿Qué hacía?

¿A quién llamaba? Tomó el celular y buscó entre los contactos el número de una de las vecinas. «Es Ana. Volvió Miguel. La tiene encerrada. Voy para allá. Hacé algo, lo que sea».

Las vecinas

Ni bien recibió el mensaje, Mirtha le pidió ayuda a su nieta mayor.

—Mandales un guasap al grupo avisando, Abu.

—Pero ahí está Ana, si le agarra el celular, ¿qué hacemos?

—Bueno, armá una lista de difusión u otro grupo. -La nieta notó la cara desconcertada de su abuela-. A ver, dame.

En menos de un minuto ya estaban todas las vecinas avisadas. Habían visto a la patrulla retirarse sin Miguel, así que suponían que la cosa seguía igual. Necesitaban buscar la forma de distraerlo. Tomaron como base de operaciones la casa de Nancy, la mujer que vivía casa de por medio de lo de Ana. De esa forma podían ver lo que pasaba sin que Miguel las notara.

Había que decidir si esperaban a Zulma o no. Unas opinaban que lo mejor era actuar rápido, otras creían que Zulma conocía bien a la familia y tal vez sabría mejor qué hacer.

—Pero este tipo ya está puestísimo, chicas. No podemos seguir esperando a ver qué onda. Tratemos de distraerlo y sacamos a Ana y a los pibes.

Seis mujeres de distintas edades. Las más viejas eran de la idea de actuar de inmediato. La voz de la experiencia les decía que, cuanto más tiempo pasara, peor sería. Las más jóvenes, un poco asustadas, no lograban decidirse.

—Bueno, votemos- propuso Sofía, una de las indecisas.

Así resolvían en el comedor cuando no se ponían de acuerdo si era mejor racionar la carne o hacer un buen guiso y esperar a la próxima bajada de mercadería. O el tono de la carta reclamando los bolsones que demoraban en llegar o si priorizaban dar más comida a menos niñas y niños, o menos a más. Todas decisiones en las que la vida de las personas estaba en juego. La tranquilidad de transitar la adversidad cotidiana las ayudaba a mantener la calma. Las mujeres en los

barrios están acostumbradas a resolver el hambre, el frío, las inundaciones, los golpes, el abandono y el miedo. Esta situación no era tan distinta.

Optaron por actuar cuanto antes. El plan era el siguiente, golpearían la puerta de la casa pidiendo ayuda. Una de las muchachas más jóvenes sería la encargada de distraer a Miguel. Con su mano desajustó la bujía de su moto, logrando que no encendiera. Llegado el momento, le pediría ayuda a Miguel fingiendo que justo se quedó en la puerta de su casa. Mientras el hombre estuviera ocupado intentando solucionar ese problema, las demás irían al encuentro de Ana.

—Y después, que sea lo que Dios quiera. A todas no nos va a encerrar el pelotudo ese.

El plan salió a la perfección. Mostrando grandes dotes artísticas, la más joven del grupo interpretó su papel de manera extraordinaria. Ni bien Miguel se agachó a revisar la bujía desconectada, las mujeres se metieron en la casa armadas con palos de escoba, de amasar y, la más combativa, con la cuchilla de cortar carne. Las cinco mujeres formaron un cordón delante de Ana, Jazmín y Leonel que, ni bien su padre salió de la casa, se acurrucaron junto a su abuela.

Ana no pudo más que sonreír al ver a aquellas mujeres armadas formando un escudo de contención. Miguel ingresó balbuceando insultos. La joven, lejos de irse, ingresó detrás de él y tomó lo primero que encontró en la casa para defenderse. El hombre, rodeado, comenzó a gritar contra las mujeres, que corrían al rescate de una de las suyas.

Ya no soportaban los embates de los machos del barrio. Muchos años arrastrando golpes y maltratos de patronos,

amantes e hijos. Aunque Miguel quiso hacerles frente, le demostraron que sus berrinches no tenían cabida. El barrio era de ellas, de las mujeres de la resistencia. Ellas lo construían cada día. Parían, cuidaban, criaban y se defendían.

Si se quería quedar, era momento de que lo entendiera. Él y todos. Miguel no lo entendió. Tampoco volvió a esa casa. No reclamó más el dinero ni se despidió de su madre el día que dejó este mundo, aunque ella lo viera cada tanto en forma de espectro. Se le aparecía a removerle las entrañas.

Zulma llegó para los festejos. La abrazó. La besó y la volvió a abrazar. Tocaba su cuerpo como queriendo comprobar que todo estaba allí, que no faltaba nada en esa mujer chiquita, de mirada triste, que tanto amaba.

La casa

Ayelén Ferrelli

AYELÉN FERRELLI

Ayelén es hija de la lágrima, como muchas de las que nacimos en la Argentina nostálgica del tango moderno y la furia del rock. Nació en la década del 90, creció en el seno de una familia humilde y amorosa. Escribe desde los 9 años, más por necesidad que por placer. Fue a la escuela pública, anduvo algún tiempo perdida después de graduarse, trabajó desde joven, viajó en algunas oportunidades, comenzó a estudiar a los 25 la carrera que hace que hoy algunos la llamen profe. Alguna vez, por error, estuvo enamorada. Hoy vive intentando dejar de encontrar explicaciones y buscando, en su lugar, todo lo que haga latir más fuerte el corazón.

ERNESTINA SAPIA

@er.nes.tina_ y @cranio777

Ernestina nació en Quilmes, tiene 21 años y se dedica entera y totalmente a crear. Desde arte urbano, pasando por la pintura, el dibujo hasta lo textil.

El largo trayecto del tren Roca, las veredas del Conurbano, su jardín frondoso en Ranelagh y las paredes de la ciudad a su paso le sirven de inspiración diaria para abrir portales a mundos alternos.

Enfocada e interpelada por sus obsesiones; la oscuridad, la historia de su querido país y la naturaleza en una cotidianeidad cruda.

Estudia para ser licenciada en escenografía en la UNLP. Y es co-creadora de 'Cranio', un proyecto de arte textil con su socio Gregorio, con quién crea piezas únicas para incluir diversos individuos en su narrativa visual.

Dice: "No queremos quedarnos quietos, la mutabilidad inunda la vida. ¿Por qué conformarse si en teoría lo podemos todo?"



La casa

Nunca entendí por qué papá no quería entrar a la casa que había sido del abuelo. Desde que soy chica, lo escucho renegar cada vez que termina un contrato con sus inquilinos y hay que acondicionarla para volver a alquilarla. Parecía recibir una noticia fatal cada vez que le decían que los inquilinos se iban, porque para él significaba volver a pisar ese suelo, entrar a ese lugar. Hoy tengo treinta años y sigo sin entender por qué esa negación, por qué esa resistencia. Él sigue sin querer entrar a esa casa, aunque sea solo ocasionalmente cada tres o cuatro años.

Lo irónico era que no había, para mí, nada más lindo; la idea de ir con mis viejos a limpiar, ordenar, cortar el pasto y lustrar los antiguos pisos de parqué me resultaba no sólo entretenida, sino también motivadora. Después de todo, esa era la casa donde había vivido mi abuelo sus últimos años de vida.

La posibilidad de entrar a ese lugar, aunque sea un rato para limpiar y ver los daños generados por el paso del tiem-

po y, tal vez, por los descuidos, era también la posibilidad de conocer historias allí vividas, de preguntar curiosidades latentes, cosas que surgen improvisadamente en la cabeza de cualquier niña, más aún, en la cabeza de una niña que prácticamente no conoció a su abuelo. Hoy, una mujer.

La herencia no es solo lo que uno conoce de su historia. Uno hereda aún aquellas cosas que no conoció; esa parte oculta de la historia de nuestros antepasados también nos conforma. Una se siente parte de algo más grande, algo ausente, sin forma, pero que generó o tuvo que ver, irremediable e inexorablemente, con la innegable consecuencia de existir.

A diferencia de muchos de mis amigos y amigas, que compartían sus domingos con abuelos y comidas caseras, yo no había tenido la oportunidad de crecer acompañada de los míos. Mamá disfrutó de sus padres hasta los 40. Primero, partió su papá, a quien con cariño hasta el día de hoy llama «Papi», y años más tarde, su mamá. Para papá y su hermano la cosa fue más dura. La ausencia se hizo sentir, primero, a los 6 años. La mañana en que mi abuelo Enrique les dijo que se había muerto su mamá, los llevó a despedirse frente a una especie de cajón de madera con forma extraña, y los obligó a darle un beso.

Puedo afirmar que fue el único cajón fúnebre que papá vio de cerca, nunca más se permitió presenciar ese tipo de ceremonias. Supongo que significaban, para él, un recuerdo que prefería evitar, un retorno a esos momentos dolorosos que te cambian la vida sin anuncio ni remedio.

Su papá, mi abuelo Enrique, volvió a casarse al tiempo y compró la casa que, años más tarde, quedaría vacía. Ahora

había que alquilarla para llegar mejor a fin de mes. Había que alquilarla, porque papá nunca la quiso habitar.

Le dije, entonces, inocentemente:

—No te pongas así, pa, yo voy con vos y lo hacemos rapidito, mamá también viene. Vas a ver que para cuando te acuerdes ya estamos terminando.

Y era en vano porque él se acordaba antes de terminar, mucho antes, salía desde casa quejándose, con el semblante intranquilo y el alma angustiada. No hacía falta conocerlo mucho para notar su estado alterado.

Esa tarde de junio fuimos armados con todos los productos de limpieza que se necesitan para acondicionar una casa. Nos armamos también de paciencia, con mamá, para darle ánimos al viejo, que estaba insoportable.

Cuando llegamos decidimos dividirnos los ambientes para terminar más rápido. Yo empecé por la pieza más grande, que era donde dormía mi papá de chico y con su hermano Aníbal, que hacía tiempo también había muerto.

La intriga sobre por qué se sentía así siempre me había empujado a inventar hipótesis, pero esa tarde me pregunté por qué nunca había charlado de eso con mi viejo. Entonces, decidí dejar de dar vueltas, de repente y sin preparar mis palabras, me animé. Mamá estaba en la otra punta de la casa y yo me acerqué a papá.

Hay cosas que no hacemos nunca y necesitamos hacer, no sé si las postergamos por miedo, para evitar conflictos, o simplemente porque se nos pasan como el tiempo, inadvertidas, y entonces terminamos rellenando con suposiciones lo que le pasa al otro.

—¿Qué pasó acá, pa? ¿Por qué odias tanto esta casa?

Papá me miró entre sorprendido y triste, y se limitó a decir con cansancio:

—Nada hija, terminemos de limpiar y vayámonos, me quiero ir.

Volví despacio a la pieza, con la impresión de haber hecho la pregunta incorrecta, en el tiempo y el lugar incorrecto. ¿Qué derecho tenía yo a perturbar a mi padre con preguntas sobre su pasado? ¿Nos pertenece el pasado de nuestros padres? ¿Acaso les pertenece a ellos nuestro presente, nuestro futuro, nuestro pasado? Creo que sola me di la respuesta, no la que quería, mucho menos la que necesitaba. Porque había algo que necesitaba, aunque doliera pensarlo y aceptarlo.

Está bien, me dije. Después de todo, cada uno guarda los secretos que desea para sí mismo, tal vez algún día se anime a contarme lo que le pasó, como yo, que hace años quiero contarle que don Eduardo abusó de mí a los 9. Como yo, que siento que, si le cuento a papá, le arruino la vida como si no me la hubieran arruinado antes a mí; como yo, que todavía lloro y siento asco, me miro al espejo y bajo la mirada; como yo, que me callo porque a veces creo que fue mi culpa, otras veces no, pero esas veces también me callo.

Cuando cada uno terminó con su labor, juntamos todos los productos y sin mediar palabra salimos uno a uno, mamá me dio las llaves y se fue a subir las cosas al auto, yo cerré la primera puerta, la de madera vieja, la cerré con un portazo para poder girar la llave, caminé dos metros y cerré la reja, papá me gritó desde el auto:

-¡Cerrá bien!

Pude ver la angustia en sus ojos, volví a mirar la cerradura y mientras intentaba embocar la llave, pensé: «Esos ojos tristes tienen un secreto. Mis ojos, ¿se verán así de tristes?».

Necesito cerrar la puerta de esa casa que no habito hace muchos años. Cada vez que regreso a ese lugar, todo mi cuerpo se siente débil, vulnerable. Necesito cerrar esa casa y no volver a entrar nunca, ni con una conversación, ni a través de una confesión fatal que infarte a papá a los 74 años. Necesito cerrar, como papá cierra y clausura esa casa.

Pero no, cerrar la casa no es seguir adelante, a veces cerrar es guardar adentro secretos que nos siguen, no importa a dónde vayamos.

Guardé las llaves en el bolsillo, caminé hasta el auto sin pensar en lo que dejaba oculto, me subí sin querer hablar de nada, decidida a callar. Cuando arrancó el auto, miré para atrás, me pareció que nos seguía un fantasma. Después miré bien: eran dos.



IMPRESO EN IMPRENTAS DEL ESTADO BONAERENSE

MINISTERIO
DE MUJERES
Y DIVERSIDAD



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
**BUENOS
AIRES**